

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

La relación entre los conceptos verdad, felicidad y Dios en la obra *Confesiones* de San Agustín

Caren Dayana Florez Quintana

Trabajo de Grado para Optar el Título de Filósofa

Director

Alexander Triana Trujillo

Magíster en Filosofía

Universidad Industrial de Santander

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Filosofía

Bucaramanga

2021

Dedicatoria

A mi padre celestial todopoderoso, Dios.

*A mi papá por inculcarme sueños y
metas grandes, pues siempre vio un gran potencial en mí.
Esto es en memoria tuya papá, aquí estoy cumpliendo todos los planes
y promesas que un día hicimos juntos.
¡Espero que allá en el cielo estés muy orgulloso de mí!*

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

Agradecimientos

A Dios, mi padre celestial por brindarme conocimiento y sabiduría para llevar a cabo esta meta en mi vida.

A mis padres porque gracias a sus consejos y a su apoyo incondicional pude cumplir mi sueño de ser una profesional.

A mi hermana Sheyla y a mi hermano Manuel por brindarme amor, motivación y apoyo incondicional.

A Rafael por brindarme apoyo incondicional a lo largo de este proceso, pues siempre estuvo conmigo y me motivó a seguir adelante para que yo cumpliera este sueño.

A Saray Martínez por brindarme motivación, apoyo incondicional y creer siempre en mí.

A mi tía Flor, a Jairo, Sharon y Sebastián por brindarme apoyo.

A Carolina por brindarme motivación durante este proceso.

A mi familia por brindarme motivación a lo largo de este proceso.

A mi director de trabajo de grado por su acompañamiento y su apoyo incondicional en el desarrollo del presente proyecto.

A Ana María Martínez por brindarme una amistad incondicional durante toda mi carrera.

A cada uno de los docentes por brindarme orientación a lo largo de mi carrera profesional.

A la Escuela de Filosofía UIS, por su dedicación y entrega.

A la Universidad Industrial de Santander por permitir la culminación de esta meta, como miembro de esta prestigiosa institución.

Contenido

Introducción	8
1. El Concepto de Verdad en San Agustín.....	10
1.1. Los sentidos y la verdad.....	10
1.1.1. Dualidad Antropológica en Platón	10
1.1.2. Dualidad Antropológica en San Agustín	11
1.1.3. Los sentidos en Platón	13
1.1.4. Los sentidos en San Agustín.....	13
1.1.5. Noción de los sentidos desde el mito de la caverna.....	14
1.1.5.1. Lectura platónica.....	14
1.1.5.2. Lectura Agustiniiana.	17
1.1.6. Trascendencia del alma hacia la verdad.....	19
1.1.6.1. La importancia del entendimiento en la verdad.....	21
1.1.6.2. Dios y la verdad.	23
1.1.6.2.1. La verdadera ruta hacia la verdad: la memoria.	24
1.2. Las pasiones y la verdad	25
1.2.1. Tipos de conocimiento en San Agustín	26
1.2.1.1. Conocimiento racional y contemplativo.	26
1.2.2. La voluntad del alma en San Agustín	28
1.2.2.1. Estructura interior del hombre.	29
1.2.2.2. Voluntad benévola y perversa.....	30
1.2.2.3. La voluntad de San Agustín.....	32
1.2.2.4. La voluntad y nuestro porvenir.....	33
1.2.3. Pasiones buenas y pasiones malas	33
1.2.4. Hombres espirituales y hombres carnales.....	34
1.3. El papel preponderante del pecado en el concepto de verdad	36
1.3.1. Virtud y pecado.....	36
1.3.1.1. Implicaciones del pecado.....	37
1.3.1.2. Pecado Original.....	37
1.3.2. Pecado y redención	37
1.3.2.1. El pecado y La gracia Divina.....	38

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

1.3.2.2. Rechazo de la verdad.....	38
1.3.3. El pecado y el libre albedrio	39
1.3.3.1. Causas del pecado	39
1.3.4. San Agustín inmerso en el pecado	40
1.3.4.1. El Hortensio y el Maniqueísmo.	41
1.3.4.2. San Ambrosio y la biblia.....	42
1.3.5. Filosofía platónica y el cristianismo	42
1.3.6. El pecado y la santidad	44
2. El Concepto de Felicidad a partir de la obra Confesiones	45
2.1. El Camino de San Agustín hacia la felicidad.....	46
2.2. Felicidad vana y felicidad verdadera	48
2.3. La voluntad desde el dialogo Fedro	49
2.3.1. Tripartición del alma.....	51
2.4. Visión Agustiniana del Fedro	52
2.5. Dios: gozo absoluto de nuestra alma	53
3. El concepto de Dios en San Agustín.....	54
3.1. Interior y exterior del hombre	55
3.1.1. Trascendencia del alma hacia Dios.....	55
3.1.2. El cuerpo como instrumento benévolo	56
3.2. La voluntad y Dios.....	57
3.2.1. Dios: el mayor bien de nuestra alma.....	58
3.2.2. Hombres de la ciudad celestial y de la ciudad terrenal	58
3.3. El disfrute de Dios	60
3.3.1. Dios y el hombre.....	60
3.3.2. El gozo de Dios.....	61
3.3.3. Dios como objeto de amor	61
3.3.4. La iluminación y la gracia divina en la trascendencia hacia Dios	62
3.4. Dios y nuestro destino.....	62
3.4.1. Relación de Dios y del hombre.....	63
4. Conclusiones	64
Referencias.....	65

Resumen

Título: La relación entre los conceptos verdad, felicidad y Dios en la obra *Confesiones* de San Agustín*

Autora: Caren Dayana Florez Quintana**

Palabras clave: Verdad, felicidad, Dios, trascendencia, San Agustín

Descripción:

La verdad y la felicidad han representado dos de los problemas filosóficos más importantes que se han trabajado y estudiado a lo largo de la historia, pues el hombre siempre se ha encontrado en la constante búsqueda de la verdad y la felicidad. Es por ello que, en la presente investigación analizaremos la relación que logramos establecer entre los conceptos de verdad, felicidad y Dios que expone San Agustín en su obra *Confesiones*, ya que Agustín considera que Dios es en esencia la verdad y el mayor deleite del hombre. Es por ello que, en un primer momento analizaremos el concepto de verdad que nos brinda Agustín tomando como base los fundamentos que establece Platón en el mito de la caverna. Seguidamente, analizaremos los dos tipos de felicidad que establece Agustín: la felicidad celestial y la terrena, a partir del mito del carro alado de Platón, pues buscamos establecer la importancia de la voluntad en cada una. Y, por último, estableceremos la relación entre los conceptos de verdad, felicidad y Dios, pues Agustín dice que Dios es la verdad y la felicidad absoluta. Sin embargo, para trascender a Dios se hace necesario que nos sumerjamos en lo más profundo de nuestro interior y nos mantengamos al margen del pecado.

* Trabajo de Grado

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Director: Alexander Triana Trujillo. Magíster en Filosofía.

Abstract

Title: The relationship between the concepts of truth, happiness and God in the *Confessions* of Saint Augustine*

Author: Caren Dayana Florez Quintana**

Key Word: Truth, happiness, God, transcendence, Saint Augustine

Description:

Truth and happiness have represented two of the most important philosophical problems that have been worked and studied throughout history, since man has always been in a constant search for truth and happiness. That is why, in this research we will analyze the relationship that we manage to establish between the concepts of truth, happiness and God that St. Augustine exposes in his work *Confessions*, since Augustine considers that God is in essence the truth and the greatest delight of man. For this reason, we will first analyze the concept of truth that Augustine offers us, taking as a basis the foundations established by Plato in the myth of the cave. Next, we will analyze the two types of happiness that Augustine establishes: heavenly and earthly happiness, based on Plato's myth of the winged chariot, since we seek to establish the importance of the will in each. And finally, we will establish the relationship between the concepts of truth, happiness and God, since Augustine says that God is truth and absolute happiness. However, in order to transcend God, it is necessary that we submerge ourselves in the depths of our innermost being and keep ourselves away from sin.

* Degree Work

** Faculty of Human Sciences. School of Philosophy. Director: Alexander Triana Trujillo. Master in Philosophy.

Introducción

A lo largo de la historia, el concepto de verdad ha representado uno de los problemas más importantes para la filosofía. Es por ello que, la presente investigación busca, en un primer momento, definir el concepto de verdad que establece San Agustín en su obra *Confesiones*. Obra en la cual, el filósofo aborda el camino y la búsqueda exhaustiva que realizó hacia la verdad en el transcurso de su vida, en tanto que sentía la necesidad de hallarla, conocerla y poseerla.

La búsqueda de la verdad será el objeto central de su vida. Sin embargo, al indagar sobre la verdad encuentra que la felicidad y Dios guardan una relación directa con la verdad, pues el hombre encuentra la verdad, en cuanto encuentra a Dios, el cual le provee a su vez el mayor deleite y gozo. Es por ello que, el presente estudio busca relacionar los conceptos de verdad, felicidad y Dios que establece San Agustín en su obra *Confesiones*.

Ahora bien, para cumplir el objetivo de este proyecto, nuestra investigación estará dividida en tres capítulos, que constan de la definición y del análisis de cada uno de estos tres conceptos. En la primera parte analizaremos el concepto de verdad que establece San Agustín, pues nos dice que la verdad es Dios, al cual llegamos únicamente a través de la trascendencia que hace nuestra alma en lo más profundo de nuestro interior. Por ello, para encontrar a Dios es necesario desechar el pecado, pues para dirigirnos ante un ser tan puro, debemos contar con cierto nivel de pureza que nos permita ser dignos de obtener su gracia y su iluminación para que nuestra alma sea virtuosa, pues solo de esta manera será merecedora de la revelación de la verdad

Asimismo, cabe mencionar que para el análisis de este concepto tomaremos el mito de la caverna de Platón, pues tanto en la obra *Confesiones*, como en este último texto se pueden

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

evidenciar fundamentos similares que nos muestran el camino que debemos seguir para llegar a la verdad. Por ello, este capítulo estará dividido en tres acápites que guardan una intrínseca relación con la verdad, pues los sentidos, las pasiones, y el pecado nos brindan un acercamiento al camino que debemos emprender para lograr una trascendencia exitosa hacia Dios, así como de todo lo que nos puede alejar de él.

Ahora bien, en el segundo capítulo, analizaremos el concepto de felicidad que tiene San Agustín, pues hace una clara distinción entre dos tipos de felicidad: la terrena y la celestial. Por ello, nos dedicaremos a examinar en que consiste cada una, para así establecer qué relación aguardan con la verdad y con Dios. La primera consiste en la satisfacción que experimentamos a través de los placeres que nos ofrece el mundo, pero ello será una vana felicidad. En cambio, la última, será la verdadera felicidad, pues consiste en el deleite de Dios mismo. Para el análisis de los dos tipos de felicidad tomaremos el mito del carro alado de Platón, pues esto nos permitirá analizar la influencia de nuestra voluntad en el camino hacia la felicidad.

Finalmente, en el tercer capítulo expondremos el concepto de Dios en relación con los conceptos de verdad y felicidad, pues San Agustín dice que Dios es la verdad y a su vez el deleite del hombre. A la verdad solo es posible llegar mediante la revelación divina y a la felicidad mediante el gozo de Dios. Estos tres conceptos que propone San Agustín se ven intrínsecamente relacionados.

1. El Concepto de Verdad en San Agustín

En la primera parte de nuestra investigación buscamos establecer el concepto de verdad que establece San Agustín en su obra *Confesiones* en relación con el libro VII de la *Republica* de Platón, pues Agustín y Platón plantean que el hombre puede hallar la verdad solo si su alma trasciende desde lo más profundo de su interior hacia lo más perfecto. Por ello, este capítulo estará dividido en tres subcapítulos titulados: sentidos, pasiones y pecado, pues buscamos proporcionar los fundamentos necesarios para esclarecer y determinar el marco en el que se encuentra el concepto de verdad.

1.1. Los sentidos y la verdad

San Agustín construye el concepto de verdad gracias a la relación que establece entre la filosofía antigua y del cristianismo. Es por ello que, consideramos que Platón puede considerarse una figura importante dentro de esta construcción conceptual, pues San Agustín toma algunos de sus fundamentos retóricos y teóricos para construir su obra filosófica. Como ya dijimos, el camino hacia la verdad se da desde el exterior hacia el interior del hombre. Por tanto, es necesario comenzar a estudiar los conceptos de cuerpo y alma que propone Platón, en tanto que esto nos permitirá entender los fundamentos que toma San Agustín para construir su propio concepto de verdad, así como la trascendencia que debe hacer el hombre para llegar a la misma.

1.1.1. *Dualidad Antropológica en Platón*

Desde la perspectiva de Platón, el hombre es una dualidad de cuerpo y alma, donde el cuerpo comprende al hombre exterior y el alma comprende al hombre interior. De manera que, Platón entiende al cuerpo y al alma como dos realidades distintas debido a su naturaleza. Al cuerpo lo percibe como la cárcel del alma, porque su corrupción le impide al alma alcanzar la verdad, en

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

tanto que pertenece al mundo sensible, es mortal, material, mudable, divisible y corruptible. En cambio, al alma la entiende como un ente superior al cuerpo, porque es de naturaleza divina, pertenece al mundo inteligible, es inmaterial, indivisible y espiritual.

El alma es lo más semejante a lo divino, inmortal, inteligible, uniforme, indisoluble y que está siempre idéntico consigo mismo, mientras que, a su vez, el cuerpo es lo más semejante a lo humano, mortal, multiforme, irracional, soluble y que nunca está idéntico a sí mismo. (Platón, *Fedón*, 80b)

En este sentido, considera que el cuerpo es malo, porque tiene encarcelada al alma dentro de sí. De ahí que el alma termine desviándose de la verdad, pues los instintos del cuerpo solo buscan dominarla para que no centre su atención en la razón, sino en la satisfacción que puede llegar a encontrar en el mundo. Por ello, el hombre termina corrompiéndose y desviándose de su verdadera búsqueda, pues el mundo sensible lo atrapa y lo sumerge en las cosas vanas que lo llevan a la perdición.

Su alma, está sencillamente encadenada y apresada dentro del cuerpo, y obligada a examinar la realidad a través de éste como a través de una prisión, y no ella por sí misma, sino dando vueltas en una total ignorancia, y advirtiendo que lo terrible del aprisionamiento es a causa del deseo, de tal modo que el propio encadenado puede ser colaborador de su estar aprisionado. (Platón, *Fedón*, 80b)

1.1.2. Dualidad Antropológica en San Agustín

San Agustín está de acuerdo, en buena parte, con la dualidad antropológica que propone Platón, sin embargo, disiente de algunos de sus argumentos, pues para él, el cuerpo no puede llegar a considerarse como algo malo, porque fue creado por Dios, una divinidad suprema y en esencia

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

buena, de la cual solo pueden crearse cosas buenas. Además, por la misma razón, Platón considera que no puede considerarse como la cárcel del alma, pues el alma es quien direcciona al cuerpo y experimenta a través de él todo lo que se encuentra en el mundo. De esta manera, el alma se convierte en la única responsable de sus desventuras y de sus infortunios, pues a causa de utilizar mal al cuerpo debe soportar fuertes castigos en lo terrenal y lo eterno.

El filósofo medieval expone que el cuerpo es solo un instrumento del alma, en tanto que, el hombre utiliza sus sentidos para conocer y experimentar. La corporalidad se caracteriza por su materialidad, mortalidad, espacialidad y temporalidad. Por ello, debemos tener control absoluto sobre el cuerpo, ya que éste se complace en los placeres que ofrece el mundo, lo cual puede llevar al hombre a su perdición. Por el contrario, del alma dirá que es una substancia inmortal, eterna, racional y espiritual que nos permite tener una relación directa con Dios. En palabras de San Agustín: “Ya eres tú mejor – a ti te hablo, alma – porque tú animas la materia de tu cuerpo proporcionándole vida, cosa que ningún cuerpo presta al cuerpo. Ahora bien, tu Dios también es para ti Vida de Vida” (Agustín, 2010, p.480). El alma del hombre es autónoma y libre de regir al cuerpo conforme a su voluntad. Sin embargo, es importante que el alma actúe sabiamente, pues, si se deja llevar por la desmesura de los sentidos puede llegar a perder la comunión con el bien y la verdad. Por ello es necesario que el alma gobierne al cuerpo bajo la razón y no bajo sus instintos pasionales o, de lo contrario jamás podrá trascender hacia lo perfecto e inmutable que para San Agustín es Dios.

Cabe resaltar, que el alma difícilmente logra trascender, debido a que los deleites de la carne la contaminan y la corrompen. Todo esto sucede, porque el hombre por naturaleza es pecador. Su cuerpo se volvió corruptible y su pecado se volvió generacional desde el instante en que Adán y Eva desobedecieron a Dios. El pecado está inserto en nosotros desde la primera caída,

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

pues desde ese momento el hombre trasgredió la ley divina y, por ello, se condenó a cometer este mal moral. San Agustín afirma: “Este cuerpo, llamado también carne de pecado después de la caída, es muy difícil de dirigir porque tiende constantemente hacia lo bajo, hacia la satisfacción de sus propios apetitos” (Saeteros, 2013, p. 199).

1.1.3. Los sentidos en Platón

Platón considera que los sentidos juegan un papel importante en la vida del hombre porque estos nos permiten adquirir conocimiento del mundo sensible. Gracias a ellos podemos experimentar y obtener percepciones de todo lo que se encuentra a nuestro alrededor, lo cual generalmente es concebido por el hombre como su única realidad y verdad. Sin embargo, Platón hace énfasis en que no debemos fiarnos de los sentidos, pues estos no pueden proporcionarnos un conocimiento verdadero, en tanto que no poseen en esencia nada de la verdad, pues hacen parte del mundo sensible, donde se encuentra todo lo corruptible e imperfecto. Por lo tanto, los sentidos solo nos engañan y su desmesura provoca que el alma del hombre no alcance una vida virtuosa ni mucho menos la verdad. Este es el motivo por el que Platón afirma que:

El examen a través de los ojos está lleno de engaño, y de engaño también el de los oídos y el de todos los sentidos, persuadiéndola a prescindir de ellos en cuanto no le sean de uso forzoso, aconsejándole que se concentre consigo misma, en lo que ella por si misma capte de lo real como algo que es en sí. (Platón, *República*, VII, 83b)

1.1.4. Los sentidos en San Agustín

En esto concuerda San Agustín con Platón, pues piensa que el hombre se encuentra constantemente engañado por los sentidos, porque éstos no pueden brindarle la verdad que anhela alcanzar. Solo lo corrompen y lo llevan al abismo de su ignorancia, pues incitan al cuerpo a buscar

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

los placeres que ofrece el mundo, lo cual solo da cabida a que el hombre acabe sumergido en el pecado. Veamos:

En efecto, además de la concupiscencia de la carne que se halla en el deleite de todos los sentidos y placeres, por esclavizarse al cual se pierden *los que se colocan lejos de ti* -, reside en el alma, por obra de esos mismos sentidos corporales, una especie de deseo vano y curioso, no ya de deleitarse en la carne, sino de experimentar por medio de la carne, enmascarado con el nombre de conocimiento y ciencia. (Agustín, 2010, p. 523)

Visto de esta forma, los sentidos son, en su medida, importantes porque a través de ellos podemos percibir el mundo exterior. Sin embargo, no debemos fiarnos de estos, pues en ninguna medida nos pueden proporcionar un conocimiento verdadero, ni mucho menos la verdad absoluta que anhelamos alcanzar, solo nos limitan a pensar que lo existente y tangible es lo único real y verdadero. Por tanto, podemos afirmar que el uso desmesurado de los sentidos solo da cabida a que el hombre termine sumergido en las concupiscencias de la carne y del desenfreno, donde muy difícilmente puede alcanzar un encuentro cercano con Dios.

1.1.5. Noción de los sentidos desde el mito de la caverna

1.1.5.1. Lectura platónica. Esta perspectiva puede ser ampliada y profundizada con el libro VII de *Republica* de Platón, donde el filósofo hace una alegoría entre el engaño en el que vive el hombre y el camino que debe tomar para alcanzar la verdad. Relata que en el fondo de una caverna se encuentran unos hombres atados y encerrados, que están condenados a aceptar las falsas percepciones como su única verdad. Éstos no han retirado el velo de la mentira que tienen sobre sí, no se han dado cuenta que lo verdadero e inmutable se encuentra afuera de dicha caverna, pues la oscuridad en la que se encuentran les impide ver más allá de lo que logran percibir a través de sus sentidos. De este modo, el

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

hombre que logra salir de la caverna, sin importar los obstáculos que esto le pueda representar, puede salir de la prisión en la que se había encontrado toda su vida, para ahora percibir la luz y la verdad que por tanto tiempo se le habían ocultado.

Debemos aplicar íntegra esta alegoría a lo que anteriormente ha sido dicho. comparando la región que se manifiesta por medio de la vista con la morada-prisión, y la luz del fuego que hay en ella con el poder del sol; compara, por otro lado, el ascenso y contemplación de las cosas de arriba con el camino del alma hacia el ámbito inteligible, y no te equivocarás en cuanto a lo que estoy esperando, y que es lo que deseas oír. (Platón, *Republica*, VII, 517b - 517c)

Con esto Platón nos da a entender que todo lo que percibimos a través de nuestros sentidos es falso. Estos nunca puedan proporcionarnos la verdad, pues solo nos llevan a la perpetua oscuridad, además de que nos condenan a pensar que son la única certeza y el único conocimiento verdadero. No obstante, el hombre que se atreve a salir de la caverna, de la mentira en la que se encuentra, tiene una gran probabilidad de hallar la verdad. Todo depende del esfuerzo que esté dispuesto a tener, pues el camino que nos lleva a ella está lleno de obstáculos y de dolor. Un claro ejemplo de ello lo podemos evidenciar cuando al hombre le cuesta percibir la luz, pues ha estado tanto tiempo cegado por la oscuridad que la luz le parece molesta y perturbadora para sus ojos. Esto podemos verlo representado en el hombre cuando determina al mundo como su única verdad, cuando se deleita y halla conformidad en todo lo que encuentra en su exterior, pues su entendimiento está tan cegado que llega a pensar que no existe otra verdad más que su propia realidad. No obstante, cuando se da cuenta de que su percepción es errada, emprende una búsqueda exhaustiva de la verdad, donde finalmente se da cuenta que puede hallarla en su interior, pues la única manera de llegar a ella es mediante la trascendencia de su alma. De ahí que sea necesario

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

para el hombre dejar a un lado muchas cosas que ofrece el mundo, pues de lo contrario la corrupción lo seguirá sumergiendo en la oscuridad y la mentira, lo cual no da cabida a la verdad que desea alcanzar.

Por otro lado, es importante resaltar que solo a través de la contemplación, el hombre puede llegar a percibir la verdad, pues a través de ella logra alcanzar un escalafón superior con el cual es capaz de comprender lo verdadero. Todo depende de su mérito y esfuerzo, pues para llegar a contemplar la verdad se necesita mucho más que pasión o amor, se requiere renunciar a los vicios y a las concupiscencias de la carne, pues esto solo resulta ser un impedimento para que el alma trascienda. De modo que, el camino hacia la verdad se emprende realmente cuando el hombre siente la necesidad de hallarla y por ello es capaz de tener una entrega total consigo mismo. Esto lo podemos ver, en el momento en el que el hombre decide apartarse de las cosas que corrompen su alma, pues entiende que solo de esta forma puede llegar a trascender hacia la verdad, donde finalmente puede contemplar, ver y comprender la esencia de la verdad.

Dios sabe si esto es realmente cierto; en todo caso, lo que a mí me parece es que lo que dentro de lo cognoscible se ve al final con dificultad, es la Idea del Bien. Una vez percibida, ha de concluirse que es la causa de todas las cosas rectas y bellas, que en el ámbito visible ha engendrado la luz y al señor de ésta, y que en el ámbito inteligible es señora y productora de la verdad y de la inteligencia, y que es necesario tenerla en vista para poder obrar con sabiduría tanto en lo privado como en lo público. (Platón, *Republica*, VII, 517b - 517c)

De acuerdo con lo anterior, el hombre que es capaz de trascender hacia la verdad, logra contemplar el principio supremo de todas las cosas, pues al salir de la caverna en la que se encuentra logra percibir la Idea del Bien, la cual es en esencia inmutable, eterna, indivisible, pura, real e inteligible, catalogada por Platón como lo más perfecto y divino que el hombre puede

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

contemplar. De modo que, el hombre que ha llegado a ella ha conocido la verdad pues su luz quita el velo que lo ha mantenido en la falsedad. Ahora puede percibir con claridad la luz y la verdad que tanto ha querido alcanzar. Por consiguiente, en la alegoría que expone Platón podemos evidenciar una relación de cohesión con respecto al ascenso hacia la verdad, la felicidad y el Sumo Bien, pues quien percibe la Idea del Bien alcanza a su vez la verdad y la felicidad. Esto lo podemos evidenciar, a su vez, en la teoría de San Agustín, solo que, en este caso, Dios ocupa el lugar de la Idea del Bien. Por ello, quien halla a Dios, halla la verdad y la felicidad que necesita, pues Dios es principio supremo de todas las cosas.

1.1.5.2. Lectura Agustiniana. De este modo, la teoría platónica puede ser leída e interpretada desde una visión agustiniana, pues aquellos hombres que se encuentran atados, encadenados y engañados, representan a la mayoría de los hombres que se fían de las percepciones que ofrecen sus sentidos. Estos hombres consideran que el mundo ofrece la verdad, por ello nunca cuestionan su realidad. La vida que llevan está atada a su cuerpo y, por ende, al mundo sensible. Es por ello por lo que están condenados a vivir bajo la ignorancia, pues no se han podido dar cuenta de que los sentidos solo ofrecen falsas percepciones y una vana felicidad que nos aleja de la verdad. En esta perspectiva, las percepciones no son más que impresiones y datos que obtenemos del mundo a través de nuestros sentidos. Es por ello, que éstos se convierten en el conocimiento empírico del hombre, conocimiento del que no podemos fiarnos, pues lo que percibimos en el mundo no contiene la verdad. El mundo es cambiante y corruptible, por lo tanto, las percepciones que podemos obtener de él son igual de corruptibles.

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

Esta es la causa de que lleguemos a considerar las percepciones como “falsas percepciones”, pues éstas no son más que una apariencia de la verdad. En tanto que llevan al hombre a pensar, que solo lo que percibe empíricamente es su única verdad y por ello no necesita buscar en otro lugar. A su vez, hacen pensar que en los placeres del mundo se halla la felicidad, lo cual no es más que una vana felicidad, pues es efímera y momentánea, si bien satisface el cuerpo, jamás busca el bien del alma, solo la corrompe y la aleja del Sumo Bien. Por consiguiente, es necesario que el hombre salga de ésta caverna, pues solo así podrá darse cuenta que la oscuridad y la falsedad lo estaban privando de la verdad. El ser humano, desde la postura agustiniana, debe liberarse y ascender hacia el Sumo Bien, pues allí podrá encontrar la verdad y la luz que necesita para ser feliz. Sin embargo, es importante mencionar que este ascenso no es fácil, pues en el trascurso del camino el hombre encontrará muchas dificultades que le impedirán ver la luz y el sumo Bien. Por tanto, si el hombre realmente quiere emprender este ascenso, debe dejar de considerar los sentidos como una verdad infalible y a los placeres del mundo como su única felicidad, pues de lo contrario, el alma jamás podrá alcanzar a Dios: fuente de la verdad y perfección suprema. En efecto:

Mientras vivimos, como ahora, según parece, estaremos más cerca del saber en la medida en que no tratemos ni nos asociemos con el cuerpo, a no ser en la estricta necesidad, y no nos contaminemos de la naturaleza suya, sino que nos purifiquemos de él, hasta que la divinidad misma nos libere. Y así cuando nos desprendamos de la insensatez del cuerpo, según lo probable estaremos en compañía de lo semejante y conoceremos por nosotros mismos todo lo puro, que es seguramente lo verdadero. Pues al que no esté puro me temo que no le es lícito captar lo puro. (Platón, *Fedón*, 67b)

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

Por tanto, para alcanzar la verdad se hace necesario que nos encontremos purificados, pues no podemos contemplar algo tan puro si no estamos bajo la misma condición. El hombre debe tomar la decisión de no asociarse con el cuerpo, pues su naturaleza solo conduce al alma a la perdición, en tanto que los placeres que le ofrece el mundo le brindan una efímera y corrupta satisfacción. Por ello, si el hombre quiere alcanzar la pureza deberá preocuparse más por buscar el bien de su alma y no el deleite de su cuerpo, pues éste último siempre está en la constante búsqueda de lo terrenal, lo cual representa en últimas un impedimento para que el alma pueda emprender un camino hacia lo inteligible y celestial.

1.1.6. Trascendencia del alma hacia la verdad

Conforme a lo anterior, la alegoría de la caverna que expone Platón se asocia mucho con el ascenso del alma que plantea San Agustín en su obra *Confesiones*, pues allí Agustín describe que los sentidos solo nos pueden brindar percepciones del mundo exterior. De modo que, el hombre que desee alcanzar la verdad debe emprender un camino de lo exterior a lo interior y de lo interior a lo superior, pues solo de esta manera podrá ser iluminado. De no ser así, solo obtendrá percepciones del mundo que almacenará en su memoria, como su único conocimiento y verdad. Agustín dice:

Del mismo modo recuerdo todas las demás cosas que fueron introducidas y amontonadas por los demás sentidos, según me apetece. Y distingo la fragancia de los lirios de la de las violetas sin oler nada. Y antepongo la miel al arrope, lo suave a lo áspero, sin probar ni palpar nada en ese momento, sino al recordar. Dentro es donde hago estas cosas, en la enorme sala de mi memoria. Lo cierto es que allí están a mi disposición el cielo, la tierra y

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

el mar junto con todo lo que pude percibir en ellos, salvo aquello que he olvidado. (Agustín, 2010, p.484)

Frente a esta cita es importante aclarar que, el recuerdo, según San Agustín, es el primer nivel de la memoria. En él nuestra alma registra las sensaciones y todo aquello que pensamos, es decir, los “(...) pensamientos que surgen de los sentidos” (Merino, 2000, p. 355). Las experiencias vividas, la propia imagen, las circunstancias de tiempo y lugar que nos rodean están registradas aquí a través de sus correspondientes imágenes. De esta forma, podemos afirmar que el conocimiento que obtenemos del mundo lo adquirimos a través de los sentidos, pues éstos nos brindan sensaciones y percepciones que nos permiten formar un concepto de todo lo que nos ofrece el mundo. En esa “enorme sala de mi memoria” se encuentran “(...) los tesoros de innumerables imágenes transportadas por los sentidos en relación con todo tipo de cosas” (Agustín, 2010, p.482). Es por ello, que en nuestra memoria solemos recordar todo lo que percibimos a través de los sentidos, pues en ella se almacenan recuerdos de lo que percibimos. No obstante, estas percepciones terminan envolviendo al cuerpo hasta corromper al alma, pues la llevan a pensar que no existe mayor satisfacción que la que encuentra en el mundo a través del cuerpo, lo cual solo conduce al hombre al pecado y a estar privado de la verdad.

Motivo por el cual, Agustín establece un camino para que el alma del hombre ascienda a la verdad, pues se da cuenta que los sentidos nos engañan y nos conducen a la perdición. Por lo tanto, en ellos jamás hallaremos la verdad, pues a ella solo llega el hombre que es capaz de sumergirse en lo más profundo de su interior y logra caminar con pureza. De lo contrario, solo encontraremos innumerables recuerdos en nuestra memoria de las vanas percepciones que obtenemos del mundo. Por ello, Agustín comenta que:

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

He recorrido el mundo por fuera con el sentido con el que he sido capaz. Y me he ocupado de la vida de mi cuerpo en relación a mí, y de mis propios sentidos. Desde allí me he adentrado en los depósitos de mi memoria, inconmensurables amplitudes prodigiosamente llenas de inagotables tesoros. *Y he contemplado. Y me he quedado impresionado.* Y nada de todo eso he sido capaz de analizar sin tu ayuda. Y he descubierto que no eras nada de eso. (Agustín, 2010, p.534).

En este sentido, el ascenso hacia la verdad comienza por el amor a ésta, pues el hombre que decide emprender su búsqueda debe ser capaz de despojarse de toda la desmesura que le ofrece el mundo o, de lo contrario terminará seducido por el pecado y no será digno de emprender este camino. Por ello, en esta búsqueda podemos evidenciar una relación dialéctica entre la verdad y el pecado, así como entre el cuerpo y los sentidos, pues el hombre que busca lo divino, no puede mezclarse con las inmundicias de la carne.

1.1.6.1. La importancia del entendimiento en la verdad. Nuestro entendimiento cumple un papel fundamental en nuestra vida, pues gracias a él somos conscientes del control que debemos tener con nuestros sentidos. Él nos permite razonar acerca de lo bueno y lo malo. Por ello, cuando tomamos la decisión de trascender hacia la verdad, éste se convierte en nuestro mayor aliado, pues Según San Agustín (2010), el entendimiento le fue otorgado al hombre para que razonará y ejerciera control sobre su carne sabiamente. De manera que, el hombre posee entendimiento para guiar su vida bajo la razón y no bajo sus instintos, pues sin él estaríamos en la misma posición que los animales. Con respecto a ello, San Agustín aclara:

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

Iré más allá de esa energía mía con la que me adhiero al cuerpo y relleno vitalmente su armazón. No es mediante esa energía como encuentro a mi Dios, pues lo encontrarían también el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento, y es la misma energía con la que viven también sus cuerpos. Existe otra energía, no solo aquella con la que doy vida sino también con la que hago sensible mi carne, que fabricó para mí el señor, la que ordena al ojo que no oiga y al oído que o vea sino, al primero, que yo vea por él y, al segundo, que yo oiga por él, y así lo propio a cada uno de los restantes sentidos según su emplazamiento y función. (Agustín, 2010, p. 481)

Sin duda, el entendimiento nos facilita el camino hacia la verdad, porque nos permite tener más control de nuestros sentidos. Nos brinda la posibilidad de llevar nuestra vida con más responsabilidad y con mayor santidad, pues gracias a él podemos guiar nuestros actos bajo la razón para que no caer en bajos instintos. Por ello, el entendimiento puede considerarse un medio para alcanzar la verdad, pues éste nos permite adentrarnos en nuestro santuario ¹para buscar a Dios en las profundidades de nuestra memoria. Por consiguiente, en cuanto el hombre encuentra a Dios encuentra la verdad, pues de él emana todo lo perfecto, así como lo es la verdad. Esto lo podemos evidenciar en cuanto San Agustín afirma:

He pasado revista a las enfermedades de mis pecados en esa triple ambición, y he invocado tu diestra para mi salvación. Y es que he visto tu resplandor con corazón herido, y rechazado por la sacudida he dicho: - ¿Quién es capaz de llegar hasta allí? He sido arrojado del rostro de tus ojos. Tú eres la verdad que preside todas las cosas. (Agustín, 2010, p. 535)

¹ Este “santuario” hace alusión al lugar más puro y sagrado de nuestra alma que nos permite tener una relación directa con Dios.

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

1.1.6.2. Dios y la verdad. De modo que el hombre que trasciende a Dios alcanza la verdad, pues al caminar en santidad encuentra a su creador, fuente de luz y salvación que quita el velo de corrupción que había impuesto el mundo a su alma. Sin embargo, para llegar a este punto, es necesario que el hombre se sumerja en las profundidades de su memoria, pues solo así podrá contemplar el vivo recuerdo de su creador, con el cual puede comprobar la existencia y la divinidad de este ser superior. Así que, en concordancia con lo anterior, podemos estar seguros de que ni el cuerpo, ni los sentidos, ni mucho menos este mundo puede ofrecernos la verdad. A ella llegamos solo a través de la iluminación que nos brinda Dios, pues de él brota la luz que nos brinda el verdadero conocimiento y la verdad.

Por esa razón, es esencial que centremos la mirada en nuestro interior, pues en la medida que nos adentremos en nuestra alma, podremos ir ascendiendo cada vez más hacia Dios, en tanto que al adentrarnos en nuestro interior vamos perdiendo la satisfacción por las concupiscencias de la carne, pues encontramos satisfacción al encontrar la verdad en el plano inteligible y puro en el que se encuentra Dios. De ahí que este proceso se dé de lo externo a lo interno, pues primero debemos apartarnos de las inmundicias de la carne para así poder ser dignos de tener un encuentro directo con Dios. Al respecto, San Agustín afirma: “Heme aquí ascendiendo a través de mi mente hacia ti, que me guardas allí arriba. Rebosaré también este poder mío que se llama memoria queriendo tocarte desde donde es posible tocarte, y adherirse a ti desde donde es posible adherirse” (Agustín, 2010, p. 496).

De acuerdo con lo anterior, podemos evidenciar que la propuesta de Agustín se reafirma en la filosofía platónica, dado que la alegoría de la caverna de Platón tiene mucha relación con el ascenso del alma que propone San Agustín, en tanto que el mundo nos mantiene atados a la caverna de las percepciones, pasiones y sensaciones que nos arrastran hacia una nefasta mentira, pues busca

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

hacernos creer que el hombre solo puede hallar la verdad en el mundo y que la satisfacción solo la encuentra en la carne. Sin embargo, cuando despertamos de esta mentira, nos damos cuenta de que debemos salir lo más pronto posible de la caverna en la que nos ha sumergido este mundo, pues solo así podremos elevar nuestra mirada hacia el bien.

Asimismo, nos damos cuenta de que este camino nos conduce hacia una liberación que no será nada fácil, pues debemos superar muchos obstáculos, debido a que las concupiscencias de la carne solo arrastran al hombre hacia el pecado. Sin embargo, el hombre que logra liberarse gracias a su esfuerzo obtiene una gran satisfacción en su alma, pues obtiene la verdad en sí misma, alcanza la felicidad, encuentra la luz, lo real y supremo, que brinda al hombre un gozo insuperable que por cierto jamás el mundo se lo podrá proporcionar.

1.1.6.2.1. La verdadera ruta hacia la verdad: la memoria. De este modo, es necesario que nos despojemos de los deseos y de las pasiones de la carne, pues desvían a nuestra alma de la verdadera ruta que la conduce hacia la verdad: la memoria. Por lo cual San Agustín afirma:

He aquí lo mucho que me he paseado en mi memoria buscándote, señor, y no te he encontrado fuera de ella. Lo cierto es que tampoco he encontrado nada de ti que no recordase desde el momento en que aprendí, pues desde el momento en que te aprendí no te he olvidado. En verdad, donde he encontrado la verdad allí he encontrado a mi Dios, la propia verdad, que no he olvidado desde ese momento en que la aprendí. Así pues, desde el momento en que te aprendí, permaneces en mi memoria y justo allí te encuentro cuando me acuerdo de ti y *me deleito en ti*. (Agustín, 2010, p.505)

De modo que, una prueba de la existencia de Dios la evidenciamos al encontrar su recuerdo inherente en nuestra memoria, pues cuando queremos encontrarlo basta con recordarlo en las

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

profundidades de ella. Esto lo podemos ver desde la experiencia personal de San Agustín, pues se da cuenta que para llegar a Dios se necesita pasión y amor por hallarlo, pues esto es lo único que nos permite rechazar al mundo para adentrarnos en nuestro interior y así poder buscar en las profundidades de nuestra memoria a Dios: fuente de verdad y felicidad eterna.

Sin embargo, para llegar a ello, es necesario que el hombre se abstenga de caer en perversas pasiones, pues éstas satisfacen al cuerpo, pero alejan al alma de Dios y por ende del bien en tanto que, conducen al hombre hacia el pecado y el engaño. No le ofrecen más que una vana felicidad, ya que los placeres terrenales son pasajeros y corruptibles. Por ello, el hombre debe buscar la verdad y la felicidad en Dios, quien es el único que nos puede ofrecer el deleite celestial y el gozo que llena por completo nuestra alma. Solo él nos puede brindar la luz que necesita nuestra alma para salir de la oscuridad en la que se encuentra sumergida, pues los sentidos nos han segado tanto con perversas pasiones, que hemos olvidado direccionar nuestra vida hacia el bien, y por ello hemos terminado dándole prioridad a las concupiscencias y placeres que nos conducen hacia el mal.

1.2. Las pasiones y la verdad

En cuanto el alma gobierna al cuerpo es necesario que ejerza su dirección bajo la razón y no bajo sus instintos, pues éstos buscan sumergirla en el pecado y en las desventuras del mundo, dando como resultado que el encuentro del alma con la verdad se torne inalcanzable. Por ello, solo aquel hombre que logra vencer las concupiscencias del mundo a través de su buena voluntad, alcanza un encuentro cercano con Dios, fuente de la verdad misma, a la cual se llega únicamente a través del ascenso que realiza nuestra alma hacia lo divino, perfecto e inmutable.

Ahora bien, desde muchos siglos atrás las pasiones han representado uno de los problemas filosóficos que han contribuido en el estudio del hombre. De allí que resulte fundamental en este

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

estudio entender su influencia en nosotros, pues esto nos permitirá analizar en qué medida son nocivas y perjudiciales en nuestra trascendencia hacia la verdad. Lo primero que habría que observar es que: “Deriva el nombre de pasión del latino *passio* y éste, a su vez, del griego *πάθος* y acepta este nombre para designar toda tendencia o apetencia del alma desordenada, anormal” (Segundo de Jesús, 1955, p. 255). De manera que éstas resultan ser apetencias sensitivas y emocionales que nos llevan a cometer acciones inicuas, pues nos incitan a caer en concupiscencias corruptas que nos alejan de la dirección de la razón y la iluminación divina.

1.2.1. Tipos de conocimiento en San Agustín

Ahora bien, para no caer en ellas, debemos analizar cómo puede el hombre direccionar sus actos hacia el bien. Por ello, es necesario exponer los tres tipos de conocimiento que concibe San Agustín, pues esto nos permitirá determinar qué tipo de conocimiento nos puede llevar hacia al bien supremo. San Agustín considera que existe el conocimiento sensible, el racional y el contemplativo. El primero nos permite conocer el exterior, pero como ya mencionamos este no es un conocimiento verdadero al brindarnos solo apariencias. El segundo es concebido por Agustín como un don del hombre, en tanto que este es el conocimiento de las verdades universales y, por ello éste nos hace superior a los animales. Asimismo, cabe resaltar que este nos permite reflexionar y razonar acerca de lo que está bien y lo que está mal, gracias a que la conciencia y el entendimiento nos permiten establecer estos límites.

1.2.1.1. Conocimiento racional y contemplativo. De esta manera, la conciencia, entendida como el conocimiento racional que nos permite discernir entre el bien y el mal para enjuiciar moralmente la realidad y los actos, toma un papel importante en la vida del Hombre, pues le notifica que actuó asertiva o erróneamente y si es ese el caso para que reflexione acerca de su error y no lo vuelva a cometer. Ahora bien, para Agustín existe un

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

conocimiento que va más allá del racional. En este caso nos habla del conocimiento contemplativo, el verdadero, y que consiste la iluminación y sabiduría que Dios le brinda al hombre para que su voluntad este siempre inclinada hacia al bien, y así su alma no termine esclavizada de las mentiras que ofrece el mundo. Ahora, si el alma decide dejarse llevar por sus instintos y por ello no obra bien se verá condenada a asumir un castigo, pues el pago del pecado es la perdición. Por lo cual, solo le aguarda la esperanza de recapacitar y reflexionar para alcanzar la redención que necesita su alma, ya que ésta es la única manera con la que el hombre se absuelve de cualquier culpa o pecado que haya cometido. A través de la redención, entonces, el alma alcanza la gracia divina que necesita para purificarse y así poder actuar con una buena voluntad, con la cual le sea lícito trascender hacia la verdad. De modo que:

El alma está en lucha con el mundo, para no dejarse seducir por sus halagos. Y esta lucha le abre la conciencia para soportarse cada vez menos si está manchada. Espera la muerte con miedo, un miedo que no puede controlar, a menos que esté cada vez más desprendida de las cosas de este mundo y confiada en la providencia y justicia de Dios que todo lo gobierna. (Saeteros, 2013, p.195)

Siendo las cosas así, debemos actuar con discernimiento en tanto que este, nos permite diferenciar lo bueno de lo malo. Esto último es indispensable para nuestra alma y su salvación, pues así evitamos caer inmersos en la maldad y el pecado que nos impiden adquirir la verdad. Este poder de discernimiento no depende exclusivamente de la voluntad y de la razón humana, éste depende necesariamente de la iluminación divina. Así que la virtud resulta ser útil en la vida del hombre porque nos permite vivir rectamente, nos encamina a buscar el bien del alma, y nos ayuda a despreciar la corrupta satisfacción del cuerpo.

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

En este sentido, es importante destacar que el alma del hombre es la única capaz de razonar entre todas las creaturas del universo, pues posee entendimiento, discernimiento y una voluntad propia, que le permite dictaminar que es lo mejor para su vida en su estadía por este mundo. Por ello, en función de las decisiones que tome el alma recibirá una recompensa o una condena eterna.

1.2.2. La voluntad del alma en San Agustín

De acuerdo con lo anterior, el cuerpo no es el responsable de los infortunios que debe sufrir el alma, pues ésta se encarga de direccionar al cuerpo como mejor le parezca, ya que su voluntad le permite utilizarlo para bien o para mal. Por lo tanto, sobre el alma recae cualquier tipo de responsabilidad moral, ya que el cuerpo es solo un instrumento que actúa conforme a la voluntad de ésta. Por ende, el alma es la única responsable de los castigos que puedan caer sobre sí misma, en tanto que es ella quien elige el destino que quiere para su vida. Puede utilizar al cuerpo para satisfacerse momentáneamente con placeres terrales que la llevan a la oscura perdición o puede tomar un estricto control sobre éste para alcanzar la santidad que necesita para trascender hacia Dios.

Agustín destaca que el alma se encuentra en cada parte de nuestro cuerpo, porque cuando alguna sufre dolor, inmediatamente nuestra alma se percató de ello. De ahí que afirme que:

Al alma le corresponde, por excelencia, mandar sobre el cuerpo y a éste, secundar los deseos del alma. Por lo demás respecto al problema de la ubicación local del alma, afirma que ésta se encuentra en todas y cada una de las partes del cuerpo, como lo demuestra la sensación de cualquier dolor. (Saeteros, 2013, p.192)

Ahora bien, el alma se encuentra en una disputa consigo misma, porque quiere hallar la verdad, pero no quiere dejar lo que le ofrece el mundo. El camino que la conduce hacia la verdad

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

le resulta difícil, porque se da cuenta que para trascender es necesario abstenerse de caer en placeres carnales, lo cual, es algo que el alma no quiere soltar, pues encuentra tanta satisfacción en ellos que en ultimas terminan convirtiéndose en una necesidad. Sin embargo, el ascenso hacia la verdad implica separarnos definitivamente de lo terrenal. Ahora bien, el alma es libre de elegir entre el camino que la conduce a la perdición o el camino que la lleva a la ascensión de la verdad. Todo depende de su voluntad, pues puede que elija quedarse con el deleite que ofrece el mundo o puede que asuma el sacrificio que implica hallar a verdad. Claro está que, si opta por esta última, encontrará el deleite eterno que desea hallar y, alcanzará un lugar celestial que la puede llenar en su totalidad.

1.2.2.1. Estructura interior del hombre. En este punto es necesario profundizar en la estructura interior del hombre, pues así entenderemos porque el alma se encuentra un poco confundida al momento de ejercer su voluntad. El alma direcciona al cuerpo, pero la conciencia se encuentra en medio del alma y del espíritu, para direccionar al hombre de la mejor manera posible. El espíritu:

Es la misma alma por su naturaleza espiritual y porque respira en el cuerpo se le llama espíritu. Alma y espíritu son lo mismo en el hombre, aunque una cosa designe el espíritu y otra el alma. Pues se dice espíritu para la subsistencia, y alma para la vivificación. La esencia es la misma, distinta la propiedad. Pues uno y el mismo espíritu para sí mismo se llama espíritu, y para el cuerpo alma. Es espíritu en cuanto que la substancia racional está dotada de razón, y alma en cuanto que es la vida del cuerpo. (Calvo, s.f., Cap. 9)

De este modo, el espíritu tiende a encaminar al alma hacia la iluminación, pues solo a través de ésta el hombre puede hallar la plenitud necesaria para sentirse seguro de la verdad que allí logra encontrar. Por ello, el hombre que direcciona sus actos bajo la voz del espíritu, actúa bajo la razón,

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

lo cual le permite establecer una comunión santa con Dios, pues llega a despreciar totalmente al pecado. Sin embargo, el alma no siempre suele actuar conforme al espíritu, pues casi siempre prefiere satisfacer sus instintos carnales, ya que encuentra satisfacción a través del cuerpo con las concupiscencias que logran envolverlo y saciarlo momentáneamente.

1.2.2.2. Voluntad benévola y perversa. San Agustín considera que el hombre posee una voluntad benévola, pero depende de él no dejarse envolver por el mundo para que ésta no se convierta en perversa. La voluntad benévola a causa del espíritu le hace un llamado al alma para que se vuelva sobre sí misma y halle la verdad. La segunda a causa de las perversas pasiones que incita al alma a volverse más a fin con el mundo y esto explica que, el alma sienta satisfacción al pecar. Por lo cual, Agustín afirma:

En vano me deleitaba con tu ley según el ser humano interior, mientras otra ley en mi cuerpo rechazaba la ley de mi mente y me conducía cautivo en la ley del pecado, la que había en mi cuerpo. La ley del pecado, sí, es la violencia de la costumbre, por la que es arrastrado y aprisionado incluso un espíritu indómito, por el dudoso mérito de ir dejándose caer voluntariamente en ella. Por tanto, ¿quién podría liberar a mi triste persona del cuerpo de esta muerte sino tu gracia por mediación de Jesucristo, señor nuestro? (Agustín, 2010, p. 394)

Aquí San Agustín comienza a mostrarnos lo que debe sobrellevar el hombre en su interior, ya que una parte del alma quiere actuar conforme a la razón, conforme a la voz del espíritu y otra parte de ella quiere satisfacer la carne. Sin embargo, la conciencia, trata de aconsejar y direccionar de la mejor manera posible al alma, aunque esta no suele escucharla, pues muchas veces se deja dominar por las apetencias terrenales y por ello, deja a un lado la razón. De ahí surge la voluntad

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

perversa del hombre, que busca el gozo en los placeres de la carne y no en lo divino. A partir de ello, Agustín comenta que:

Ciertamente, de una voluntad perversa surgió la apetencia, y al someterse a la apetencia surgió la costumbre, y como no se opone resistencia a la costumbre ... ¡surgió la necesidad! Con todos estos, por así decir, eslabones entrelazados entre sí – de donde los he llamado cadena- me tenía agarrotado una dura servidumbre. (Agustín, 2010, p.391)

En cambio, la voluntad benévola comienza a darse cuando Dios le brinda iluminación al hombre, momento en el que el hombre comienza a sentir que ya ningún placer lo llena, pues se da cuenta que en ellos no se encuentra el gozo que anhela. Es la razón por la que el hombre comienza a buscar en su interior y no en el exterior la verdad y la felicidad que necesita. Desde su experiencia personal Agustín dice:

(...) la nueva voluntad que había empezado a tener de adorarte sin recompensas y querer disfrutar de ti, Dios y júbilo seguro, todavía no estaba en condiciones de vencer a la anterior, fortalecida con el paso del tiempo. De esa manera mis dos voluntades –la una vieja, la otra nueva, la una carnal, la otra espiritual –combatían entre sí, y en su discordia desgarraban mi alma. (Agustín, 2010, p.391).

Cuando Agustín habla de dos voluntades, lo dice porque el hombre puede actuar con la razón o bajo sus instintos carnales, pues tiene libre albedrío para obrar bien o mal. Lo cual, le impone una responsabilidad moral en tanto que éste es quien decide condenar a su alma por voluntad propia al satisfacerse en el pecado o salvarla al actuar conforme a los estatutos divinos que nos conducen al bien. De modo que, el alma es la única responsable de conseguir la desventura o la dicha de su vida.

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

1.2.2.3. La voluntad de San Agustín. Un claro ejemplo de ello, lo podemos evidenciar a lo largo de la vida de San Agustín, pues en su juventud estaba privado de la verdad por causa de los placeres carnales que satisfacían su alma. Se dejó llevar por los placeres sexuales, por la ambición, el poder, el orgullo y por todo lo que podían codiciar con sus ojos. Su voluntad estaba inclinada hacia lo carnal y terrenal, su alma estaba sumergida en la oscuridad y, por ello llegó a tener la errónea concepción de que en ello había encontrado la verdad que tanto anhelaba hallar, pues las falsas sectas y el entorno social en el que vivía así se lo hacían creer. Sin embargo, cuando San Agustín, se da cuenta que la verdad no puede ser hallada en el mundo, decide emprender una búsqueda exhaustiva de ésta en su interior, donde se da cuenta que para llegar a ella es necesario obrar con una voluntad benévola, pues Dios es el único que la puede proporcionar. Adicionalmente, es necesario actuar con una voluntad espiritual y benévola, pues solo de esta manera podemos agradecerle.

En la vida de San Agustín podemos evidenciar una clara distinción en su voluntad, pues antes de darse cuenta de que la verdad solo la puede proporcionar Dios, actuaba con desmesura y, su alma buscaba cada vez más satisfacción en el mal y en el pecado. Esta primera voluntad de San Agustín se considera como una voluntad carnal y de alguna forma malévolas, pues buscaba el deleite de la carne y dejaba a un lado el bien del alma. En cambio, la voluntad que toma al buscar la verdad en Dios se considera como una voluntad espiritual y benévola, pues empieza a obrar bajo estatutos divinos, que conducían a su alma hacia el bien y la alejaba del pecado. Se da cuenta que su primera voluntad lo hacía estar en enemistad con Dios, ya que sus actos lo alejaban cada vez más de la santidad que necesitaba para establecer una comunión con él. Por ello, siempre tendremos una disputa interior con nuestra voluntad, pues lo carnal, siempre va a querer buscar satisfacción en el mundo, en cambio, lo espiritual siempre va a querer mantenerse al margen de

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

éste, pues esto solo la lleva a hacer cosas que no le agradan a Dios. En este sentido, el hombre debe ser responsable en su manera de actuar y sólo de, él dependerá agradar a Dios para poder alcanzar la verdad que desea hallar (Agustín, 2010).

1.2.2.4. La voluntad y nuestro porvenir. Hasta ahora hemos dejado claro, el papel tan importante que cumple la conciencia, el entendimiento y la iluminación en la vida del hombre, pues gracias a éstos, como hemos visto, el hombre puede determinar qué acciones son correctas y que acciones son moralmente incorrectas. De esta manera, él se convierte en el único responsable de sus actos, en tanto puede actuar con una voluntad benévola o con una voluntad perversa. Cual opción elija dependerá de la satisfacción que busque, pues según sus deseos y su voluntad actuara conforme a la carne o conforme al espíritu. Por ello, siempre tendrá en su interior una controversia, ya que la carne busca satisfacción en lo terrenal, y el espíritu busca satisfacción en lo celestial. San Agustín, desde su experiencia personal dice: “Así comprendía en mí mismo, por experiencia, aquello que había leído de cómo la carne tenía deseos en contra del espíritu y el espíritu en contra de la carne” (Agustín, 2010, p.392).

1.2.3. *Pasiones buenas y pasiones malas*

En este orden de ideas, para San Agustín existen pasiones buenas y malas. Todo depende de la voluntad del hombre, ya que, si su voluntad es perversa, sus pasiones estarán inclinadas hacia las apetencias que tiene el alma por el pecado y por las concupiscencias que ofrece el mundo. Si su voluntad es buena, su alma tendrá una inclinación hacia lo puro y divino. Aunque claro está que, el hombre suele dejarse dominar por un apetito sensitivo que lo hace optar por una voluntad perversa. De modo que, es necesario que el hombre recurra a la razón para que pueda actuar rectamente debido a que esta lo inclinará hacia una voluntad benévola que lo llevará a emprender

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

un camino hacia lo verdadero e inmutable y, escuchará más al espíritu que a la carne. De acuerdo con lo expuesto anteriormente, “Encontramos al hombre en un punto intermedio entre el instinto guiado por las pasiones y la razón iluminada por la sabiduría.” (Mesina, 2012, p. 9).

El hombre interior termina guiando al hombre exterior, pues el alma es quien mueve al cuerpo a su antojo, dando una orden a cada miembro para que cumpla una función específica. En ese sentido, el cuerpo termina constituyéndose como el vehículo del alma. Sin embargo, en muchas ocasiones el alma hace mal uso del cuerpo, al utilizarlo para pecar, para corromper su carne. Por tanto, reafirmamos que el alma es la culpable de lo que le sucede al hombre, pues ella, a causa de su arrogancia y de sus pasiones desordenadas, termina sumergida en la absoluta oscuridad. En este sentido, el mal y la perversidad de su mala voluntad la ha segado hasta el punto de llevarla a pensar que lo que vive a través del cuerpo es su única verdad.

1.2.4. Hombres espirituales y hombres carnales

Lo anteriormente es el motivo por el cual San Agustín comienza a hacer una distinción entre los hombres que viven bajo el espíritu y los que viven bajo la carne. Los primeros hallan la verdad, porque su alma se ha vuelto al espíritu y, por ello, buscan exhaustivamente la verdad en su interior. Ellos han decidido morir a los deseos carnales pues ahora buscan el camino de la luz, porque entienden que solo de esta manera pueden trascender hacia lo perfecto y supremo que para San Agustín es Dios, el único que le concede la gracia al hombre para que pueda llevar una vida excepta de los placeres del mundo, pues él le brinda el gozo necesario al hombre para que no tenga que buscarlo en lo terrenal. En cambio, aquellos hombres que viven complaciendo la carne, viven en una oscura mentira, ya que se complacen y se conforman con lo que el mundo les muestra y, no les preocupa entender el trasfondo de la verdad misma. En consecuencia, viven esclavizados del pecado, de las concupiscencias del mundo en las que el alma disfruta momentáneamente, a

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

través del cuerpo. Motivo por el cual para San Agustín solo existen dos tipos de sociedades, a saber: “Una, la de los hombres que quieren vivir según la carne, y otra, la de los que pretenden seguir al espíritu, logrando cada una vivir en su paz propia cuando han conseguido lo que pretenden” (Agustín, 2018, p. 357).

San Agustín (2010) considera que, solo aquel hombre que se vuelve a su interior y aborrece los placeres del mundo, podrá alcanzar la verdad, en su máxima esencia, pues estará contenido en la pureza y no en el pecado, vivirá bajo su voluntad benévola y no bajo la perversa, lo cual da cabida a que pueda buscar en las profundidades de su alma, a Dios, fuente de la verdad y de la felicidad. Así pues, Dios es el único que nos puede revelar la verdad, pues según San Agustín, en él se contiene la perfección, lo inmutable y eterno, a lo cual todo hombre debe aspirar llegar. De ahí que el filósofo haga un llamado al hombre para que tenga control absoluto de sus pasiones, pues éstas casi siempre arrastran al alma hacia terribles males, que lo llevan a buscar el deleite en el pecado. Agrega, además, que: “Ni en fiestas y borracheras, ni alcobas y desvergüenza, ni en la rivalidad y la emulación, sino vestíos de nuestro señor Jesucristo y no hagáis providencia de la carne en las concupiscencias” (Agustín, 2010, p. 416).

En vista de lo anterior, San Agustín nos invita a reflexionar sobre nuestro modo de vida, ya que si nos dejamos llevar por perversas pasiones que buscan la satisfacción carnal terminaremos inmersos en el pecado y en las tinieblas que llevan a la perdición a nuestra alma. Esta condición impide que nuestra alma pueda adquirir la pureza que necesita para dirigirse a Dios. De modo que, si estamos manchados con pecado no somos dignos de dirigirnos a Dios para que nos revele la verdad. Por ello, es fundamental direccionar nuestra vida hacia la razón y no conforme a los instintos, en virtud de que la razón es la única que nos brinda discernimiento para actuar con una buena voluntad y, nos permita llevar una vida virtuosa.

1.3. El papel preponderante del pecado en el concepto de verdad

Ahora bien, el hombre que actúa con una voluntad malévolamente peca y, se aparta de la razón y de lo justo. Obra conforme a lo carnal y se aparta de lo espiritual, se satisface en el mal y no en el bien. Por ello, el hombre que se encuentra en pecado le es imposible trascender hacia la verdad, pues para llegar a ella, es necesario que se encuentre al margen de la maldad, ya que esta solo contamina al alma con perversidad.

El término pecado procede de la etimología de origen latina, bajo la denominación «peccatum», que significa falta o acción culpable (Etimologías, 2021). Este término denota la trasgresión de la ley divina de forma voluntaria y en este sentido San Agustín lo define como un mal moral, pues conduce al hombre a realizar actos viciosos que se oponen al bien y a la virtud. Por ello, el pecado nos separa de la comunión con Dios, ya que el que comete pecado rechaza a Dios, a su orden y su voluntad eterna, en tanto que obramos con una voluntad individual, en la cual no lo tenemos en cuenta, y por ello terminamos alejados del bien.

1.3.1. Virtud y pecado

Ahora bien, en vista de que ya sabemos qué es el pecado, es necesario entender su contraparte, a saber, la virtud. La virtud a lo largo del tiempo se ha definido como la disposición que tiene el hombre por obrar bien. Para ello, el hombre que vive virtuosamente se guía por la razón y la iluminación, pues entiende que solo de esta forma puede vivir justamente. Asimismo, evita los vicios porque es consciente de que estos contaminan al alma, la conducen a la perdición y al desenfreno. Por consiguiente, el hombre virtuoso se centra en la constante búsqueda del bien, pues aspira llevar a su alma a un plano perfecto e inteligible.

1.3.1.1. Implicaciones del pecado. Quien comete pecado se resiste a Dios y vive bajo la irracionalidad, además de que se deleita infringiendo la ley divina, no razona para actuar, y busca en los sentidos y en los placeres del mundo la verdad y la felicidad, que tanto anhela alcanzar. También intenta instaurar un modo de vida distinto al que establece la voluntad de Dios y se resiste cada vez más a llevar una vida en santidad, pues su deseo por lo prohibido se hace cada vez más fuerte. En este sentido, el pecado nos aleja del camino del bien, pues conduce a nuestra alma hacia los deleites de la carne, y, por ende, hacia la enemistad con Dios. De este modo, el hombre que se aleja de Dios, se aleja a su vez del bien.

1.3.1.2. Pecado Original. Cabe destacar, que el pecado original se produjo con la caída del hombre. Por ello, desde ese momento, el efecto del pecado se transmitió a las siguientes generaciones y por ende a toda la humanidad. De ahí, que la voluntad del hombre tienda a pecar y a alejarse de la voluntad de Dios, pues lleva consigo un mal moral, que heredó. La santidad, la voluntad benévola y justa con las que Dios lo creó, se volvieron corruptibles por causa del pecado.

1.3.2. Pecado y redención

Sin embargo, al hombre le aguarda la esperanza de poder redimir sus pecados a través de la virtud y la gracia divina, pues éstas direccionan su camino hacia la recta razón para que obre con su sabiduría y no caiga en los deseos carnales que alejan al alma del sumo Bien. De modo que, al obrar virtuosamente el hombre se resiste a la maldad y al pecado y, se da cuenta que, al vivir de esta manera, actúa rectamente, pues obedece los estatutos impuestos por Dios, que lo conducen hacia la pureza. De manera que, al darnos cuenta de ello, procuramos actuar con una voluntad benévola y deseamos la perversidad, buscamos el bien y evitamos el mal, pues nos damos cuenta

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

que al caminar en sendas de justicia y verdad logramos alcanzar nuestro mayor anhelo, que es encontrar lo supremo y eterno que para San Agustín es Dios. El filósofo medieval confiesa y afirma: “*Conózcate* yo a ti, conocedor mío, *Conózcate* como yo también te soy conocido. ¡virtud de mi alma!: entra en ella y ajústala a ti para que la tengas y la poseas sin mancha ni arruga” (Agustín, 2010, p. 469).

1.3.2.1. El pecado y La gracia Divina. Así que, solo a través de la gracia divina, el hombre obtiene el perdón de sus pecados, encuentra la salvación de su alma y vive en santidad, pues ésta es un don que le otorga Dios al hombre para que pueda rechazar los vicios y los placeres impuros del mundo. Aunque es claro que el hombre no merece ese don divino porque es un ser corruptible, impuro y pecaminoso. Dios se lo otorga a aquellos que se esfuerzan por obedecer y practicar el bien, pues su modo de vida merece el perdón, en tanto que la gracia equivale al perdón de los pecados del hombre que procura buscar el bien. Por ello, solo aquel hombre que vive conforme a Dios halla la gracia divina con la que adquiere la fuerza y virtud que necesita para resistirse a las concupiscencias que buscan hacerlo caer en su baja naturaleza, en el pecado, ya que si carece de ellas le sería imposible apartar su mirada de lo terrenal.

1.3.2.2. Rechazo de la verdad. De este modo, el hombre que rechaza a la verdad y al bien está condenado a sufrir infortunios, enfermedades, tormentos, injusticias y lamentaciones, pues su alma no tendrá la paz que necesita hasta que no sea redimida y se rencuentre de nuevo con su Creador en las profundidades de su interior, porque solo Dios puede brindarle a nuestra alma el bien que necesita. Es por ello, que San Agustín dice: Confía a la verdad cuanto posees de verdad y no perderás nada, y volverán a florecer tus partes marcitas, y serán sanadas todas tus enfermedades, y tus flojeras serán

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

reconstituidas, serán renovadas, serán asidas fuertemente a ti, y no te inclinarán hacia donde descienden, sino que estarán erguidas contigo y permanecerás junto al que siempre está erguido y permanece: Dios. (Agustín, 2010, p.234)

1.3.3. El pecado y el libre albedrío

En función de lo planteado, Dios le otorgó al hombre el libre albedrío para que guiara su vida como mejor le parezca. De ahí que sea libre de hacer el bien o el mal y obtenga consecuencias buenas o malas conforme a la voluntad con la que haya obrado, sea esta benévola o perversa. Si el hombre busca al bien y a la verdad obtendrá la gracia de Dios y podrá hallarlo, pero si, por el contrario, decide buscar el mal y el pecado, hallará en los placeres del mundo una vana y momentánea felicidad, que solo lo llevará a padecer desgracias y sufrimientos, pues su vida carecerá de la voluntad de Dios y de la pureza necesaria para que su alma encuentre el gozo y la verdad que tanto anhela. En consecuencia, San Agustín afirma:

Y así, dos amores hicieron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloria en sí misma; la segunda se gloria en el señor. (Agustín, 2010, p.371)

Visto de esta forma, la gracia de Dios no suprime la libertad del hombre, él puede escoger entre volverse a Dios o quedarse inmerso en el pecado. Es por ello, por lo que la gracia divina solo la obtiene el hombre que practica el bien y la justicia, busca a Dios en su interior con mucho fervor y aborrece el pecado de forma radical, pues quien prefiere entregar su vida al pecado no accederá a la gracia y mucho menos a Dios, fuente del gozo y de la verdad misma.

1.3.3.1. Causas del pecado. Es claro que el pecado llama al hombre a través del mundo sensitivo, pues todo lo que percibe a través de sus sentidos comienza a envolverlo para que

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

haga cosas que no están bien ante su conciencia. Motivo por el cual, el alma, quien dirige al cuerpo muchas veces, decide dejarse envolver, y descubre placeres y experiencias en las que se quiere deleitar, aunque estén prohibidas. Cabe aclarar que el hombre no solo peca con sus actos, sino también con sus pensamientos, con sus palabras y con su corazón. Es por ello por lo que el alma debe llevar consigo las consecuencias de sus pecados, pues la perdición absoluta en la que se encuentra la ha sometido a sufrir, junto con el cuerpo, dando como resultado que el hombre sufra tanto interna como externamente, y lo arrastra así a ser esclavo de los vicios que ofrece el mundo, debido a la inclinación de su voluntad hacia lo terrenal y hacia la práctica de cosas moralmente malas, que lo hacen deleitarse en el pecado, en los actos ilícitos, y en la infracción del orden y la ley divina. Véase:

Debido a todas estas cosas y a otras semejantes se cae en el pecado cuando, en esta inclinación desproporcionada – por ser bienes ínfimos- son abandonados otros mejores y más elevados: Tú, señor Dios mío, y tu verdad, y tu ley. Es cierto que esas cosas inferiores tienen también su deleite, pero no como mi Dios, que ha hecho todas las cosas, porque en Él se deleita el justo y El mismo es la delicia de los rectos de corazón.

(Agustín, 2010, p. 170)

1.3.4. San Agustín inmerso en el pecado

San Agustín por mucho tiempo vivió cegado a causa del pecado, creía que no había nada mejor para el hombre que los deleites que ofrecía el mundo: la satisfacción de la carne, el poder, el dinero, la fama, entre otros, en los que creía que había encontrado la verdad y la felicidad que tanto había anhelado alcanzar en el transcurso de su vida. Sin embargo, solo estaba viviendo bajo las sombras de lo realmente verdadero, pues aún no había tomado el camino correcto que le permitiera conocer y experimentar la verdad. De modo que a Agustín le sucedía lo mismo que a

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

los prisioneros que se encontraban en la caverna de Platón, en el sentido de que por mucho tiempo vivió engañado. Esto lo podemos evidenciar desde su juventud, pues cuando empezó sus estudios en retórica creyó encontrar la verdad y la satisfacción que por mucho tiempo había buscado. Sin embargo, esto no era así, ya que dichos estudios solo le permitían acceder a una formación en oratoria para que fuera una persona importante dentro la sociedad y, en ellos no se encontraba la verdad, solo encontraba una vanagloria que lo conducía cada vez más hacia un pensamiento erróneo y pecaminoso, pues cuando ejerció su carrera defendió en el tribunal personas que eran realmente culpables de muchos crímenes, solo que a causa de su buen uso de la oratoria opacaba la verdad. De este modo, Agustín termina inmerso en un mundo de mentiras, en el que continuaba privado de la esencia de la verdad.

1.3.4.1. El Hortensio y el Maniqueísmo. Luego de ello, en su búsqueda de la verdad encuentra motivación por la lectura del Hortensio, diálogo de Cicerón (Dolby, 2001). Donde tiene un acercamiento más ameno y profundo por la filosofía. De ahí que en ese momento surja en él un fuerte amor por la sabiduría. Después de este suceso, decide pertenecer a la secta del maniqueísmo, en la que afirmaban que la armonía del universo se debía a la fuerte lucha entre dos principios: el bien y el mal. Afirmaban que el hombre no tenía la culpa de los males que cometía, pues él solo los padecía, no los provocaba, y debido a ello el hombre quedaba excepto de cualquier culpa. Sin embargo, Agustín se da cuenta que los maniqueos solo eran una secta irracional que no poseía la verdad, porque exponían una teoría y un modo de vida que estaba por fuera de los principios reales y lógicos. Lo único que estaban infundiendo era una vida de desmesura, llena de pecado, en la que los hombres eran absueltos de sus culpas.

1.3.4.2. San Ambrosio y la biblia. Es por ello por lo que el filósofo decide abandonar esta secta definitivamente, para continuar con su búsqueda exhaustiva de la verdad. Tiempo después toma la cátedra de retórica en Milán², donde finalmente conoce y escucha al obispo San Ambrosio, un fiel creyente del cristianismo que brindaba unos sermones que dejaron sorprendido a Agustín, pues en ellos encontraba una mezcla entre razón y fe que lo convencían cada vez más de que la verdad se encontraba allí. Esta nueva actitud en San Agustín se hace más fuerte con la lectura de la biblia, ya que en ella encuentra fundamentos que le dieron respuestas a muchos de sus cuestionamientos. Asimismo, en ella encuentra la revelación divina. Al respecto se dice que, cuando se encontraba en su jardín de Milán San Agustín escuchó una voz que decía tómalo y léelo. Agustín tomó la biblia y leyó el pasaje bíblico Romanos: 13:13-14³ con el que se convence de su conversión, y llega a sentir que Dios le está hablando a través de esa palabra. Por ello, la biblia representa una de las influencias más importantes en la vida y obra de San Agustín.

1.3.5. Filosofía platónica y el cristianismo

Después de ello, su convencimiento se hace más fuerte al estudiar a profundidad a la filosofía platónica y neoplatónica, pues se da cuenta que ésta respalda los planteamientos lógicos y racionales de la doctrina cristiana. De esta forma, con su estudio se dio cuenta que desde la filosofía griega se había hecho hincapié en la idea de que el mundo nos engaña y que nuestras pasiones solo nos arrastran al pecado que condena a nuestra alma. Por eso, San Agustín decide tomar la decisión definitiva de convertirse al cristianismo. Por ello, desde ese momento comenzaría

² Puesto importante en Roma, que buscaba al mejor retórico que representara la voz del rey en la casa imperial de Milán (Dolby, 2001).

³ Este pasaje lo podemos encontrar en la biblia La Reina Valera.

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

a llevar un estilo de vida diferente al que solía tener; ya no viviría en pecado, sino que llevaría su vida a la santidad, pues entendía que solo así podría hallar a la verdad.

A partir de lo expuesto anteriormente, podemos darnos cuenta de cómo la alegoría de la caverna de Platón, se hace cada vez más clara en la vida de San Agustín, pues el camino que tuvo que atravesar para llegar a la verdad no fue fácil. Por mucho tiempo vivió bajo sombras a las que consideraba como la verdad. Esto se hace evidente en el trascurso de su vida, ya que por mucho tiempo vivió cegado al pensar que en muchas sectas o en muchas cosas del mundo podría obtener la verdad, como por ejemplo en sus estudios de retórica donde creía que estaba viviendo bajo su amparo. Seguidamente volvió a errar cuando creyó que en los maniqueos por fin había hallado la verdad, pero pronto se dio cuenta que esta secta solo arrojaba al hombre a la perdición, al pecado, y sus preceptos carecían de razón. Al respecto San Agustín afirma:

A lo largo de ese periodo de nueve años –desde los diecinueve años hasta los veintiocho– éramos seducidos y seducíamos, engañados y engañadores en diversas apetencias: tanto abiertamente, con aquellas enseñanzas que llaman liberales como, por otra parte, a escondidas, con un falso nombre de religión; allí soberbios, aquí supersticiosos, y en todas partes vanos. Por un lado, intentando alcanzar el vacío de la popularidad hasta dar con aplausos de teatro, y con poemas pretenciosos, y con el concurso en pos de coronas de heno, y con las bufonadas de los espectáculos, y en la intemperancia de las pasiones; por otro, ansiando ser purificados de esas suciedades, al tiempo que dábamos de comer a quienes había que llamar «elegidos» y «santos» para que en la fragua de su estómago nos fabricasen ángeles y dioses por quienes fuésemos liberados. Y era seguidor y prácticamente de estas cosas en compañía de mis amigos, engañados ellos por mediación y en compañía mías. (Agustín, 2010, p. 215)

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

Es así como el cristianismo finalmente le permite a San Agustín liberarse de dicha caverna de mentiras, en la que solamente veía falsas aproximaciones a la verdad. Es gracias al cristianismo, entonces que San Agustín pudo emprender un camino hacia la verdad que por mucho tiempo había buscado. En ella encontró la perfecta mezcla entre fe y razón que le permitió emprender su camino hacia el bien y lo verdadero. Claro está que este camino no fue fácil, pues para salir de aquella caverna tuvo que atravesar duros obstáculos, lo cual lo podemos interpretar como la superación del pecado. San Agustín tuvo que llevar una vida en santidad para poder alcanzar la verdad que buscó durante toda su vida. Se volvió a Dios, en el halló, lo que buscaba, se sació y gozó en él, así que es aquí donde finalmente San Agustín se siente pleno y seguro. Logra salir de la caverna y percibir la verdad, pues vence al pecado, renuncia a los placeres del mundo para volverse en sí mismo y buscar lo realmente importante para el hombre: la verdad. En otras palabras: “Ahora bien, esa verdad ilumina al hombre en todos los órdenes, tanto natural como sobrenatural, cognoscitivo como moral, y está siempre presente en la mente, en el interior del alma y en el santuario de la memoria.” (Lazcano, 2010, p.17).

1.3.6. El pecado y la santidad

San Agustín nos muestra que para llegar a la verdad es necesario dejar al pecado por completo, ya que solo así podremos caminar en santidad. Por ello es necesario que el hombre busque la gracia divina, pues únicamente con ésta podrá aborrecer los pecados y los placeres del mundo que le impiden ver la verdad. De lo contrario, cuando el hombre no obtiene la gracia divina, ni mucho menos posee una voluntad benévola, tiende a pecar, a actuar irracionalmente, lo cual da como resultado que dé a entender que es un ser independiente de su creador, que no le interesa en lo absoluto cumplir sus normas y sus estatutos, debido a que se siente feliz en el pecado.

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

En consecuencia, el hombre que anhela hallar la verdad debe alejarse de las concupiscencias carnales, o de lo contrario terminará inmerso en el pecado y el desenfreno. De ahí que debamos actuar conforme a la razón y no conforme a nuestros bajos instintos, pues si nuestra alma actúa con una voluntad perversa encontrará la perdición. Así que, es necesario obrar con discernimiento, pues solo así nuestra alma direccionará sus actos hacia el bien y hacia la santidad que necesita para trascender en nuestro interior hacia Dios, el único que nos puede revelar la verdad. El hombre que trasciende a Dios alcanza la verdad y si alcanza la verdad alcanza la felicidad. Así que, es necesario que controlemos la carne y vivamos conforme al espíritu, pues solo de esta forma podemos trascender hacia lo celestial, perfecto e inmutable que nos libra de la oscuridad y del engaño del mundo.

2. El Concepto de Felicidad a partir de la obra *Confesiones*

San Agustín considera que la felicidad es el gozo de la verdad, y el hombre que trasciende a Dios encuentra la verdad que tanto anhela hallar. Así pues, Dios se convierte en la fuente de nuestra felicidad y en la meta de nuestro apetito, pues gracias a él podemos contemplar lo perfecto e inmutable que le brinda a nuestra alma luz y satisfacción.

Ahora bien, el hombre que busca trascender a Dios debe perfeccionar su camino a través de la virtud, en tanto que solo a través de ella podrá edificar su vida con valores y principios que lo lleven a buscar el bien de su alma y la santidad necesaria para poder llegar a ser digno de contemplar a Dios: principio supremo de todas las cosas. Él es el único que puede proporcionarnos la felicidad que tanto anhelamos alcanzar, como lo dice San Agustín: “La vida feliz, no cabe duda, es el gozo de la verdad. Esto es, por tanto, el goce de ti, que eres la verdad” (Agustín, 2010, p.503). De ahí que, solo a través de la relación directa con Dios, podamos saciar los anhelos más puros de nuestro interior.

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

Sin embargo, el hombre no suele considerar este camino, pues, constantemente intenta buscar la felicidad por sus propios medios, por los que logra obtener nada más que una vana felicidad, una cuestión meramente emocional, efímera y pasajera, que en ninguna medida puede llegar a ser permanente, pues es proporcionada por el mundo. De modo que, para alcanzar una felicidad permanente, es necesario tener un encuentro divino con Dios: fuente de conocimiento y sabiduría.

1.4. El camino de San Agustín hacia la felicidad

San Agustín se da cuenta de la importancia de Dios para alcanzar la felicidad, porque durante toda su vida intentó buscar la felicidad en varios caminos, sin llegar a obtenerla. Un claro ejemplo de ello, lo podemos evidenciar en su adolescencia, pues en ese momento creía que el deleite y la felicidad se encontraba en la satisfacción de la carne y el pecado. Frente a ello San Agustín rememora:

Yo quise cometer un robo, y lo hice sin ser apremiado por *carencia* alguna, sino por flaqueza y desagrado de justicia y por gordura de maldad, pues robé lo que me sobraba en abundancia y calidad, y no quería disfrutar del objeto que buscaba en el robo, sino del robo mismo y el pecado. (San Agustín, 2010 p.168)

De este modo, Agustín terminó seducido por el deleite que le brindaba el pecado, pues sus acciones perversas lo llevaban a apasionarse por hacer el mal. El hecho de trasgredir sus principios morales le brindaba cierto placer interior, una felicidad momentánea que lo incitaba cada vez más a hacer lo prohibido. Esto lo podemos ver claramente en la confesión hecha, donde nos da a entender que no robaba en contra de su voluntad, no estaba padeciendo por escasez de comida, ni por ninguna situación de carestía que lo obligara a cometer tal delito. Él solo lo hacía porque estos

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

actos malvados le brindaban satisfacción interior, una felicidad vana que lo llevaba disfrutar de sus fechorías, pues hacer lo prohibido le resultaba placentero.

De ahí que San Agustín siga diciendo “Más de una vez ardí en deseos de saciarme con las cosas de aquí abajo en mi adolescencia, y me atreví a hacer brotar amores diversos y umbrosos, y mi buen aspecto quedó contaminado, y me pudrí del todo ante tus ojos por complacerme a mí mismo y desear *complacer a los ojos de la gente*. (San Agustín, 2010, p. 159)

El pecado, comenzaba a convertirse en el mal moral que satisfacía a Agustín, pues cada vez lograba saciar más su cuerpo y alma con los placeres perversos que le ofrecía el mundo. Creía que en ellos se encontraba la felicidad, y en consecuencia actuaba con una voluntad malévolamente que despertaba complacencia en sí mismo y en los demás, lo cual lo llevó a terminar inmerso en concupiscencias carnales como, el sexo, el dinero, la soberbia, y la satisfacción por la fama y el poder.

En todo caso, la vida desmesurada que tenía solo lo llevo a hacerse daño, tanto a sí mismo, como a otras personas. Un claro ejemplo de ello lo podemos evidenciar cuando Agustín estudió retórica con el fin de llegar a ser una persona importante y honorable, con mucha fama y poder. Cuando cumplió su objetivo se convirtió en un abogado al que solo le importaba ganar sus casos con su elocuencia. No se detenía a reflexionar si la persona que defendía era culpable o no, a él solo le importaba triunfar en su oficio a como diera lugar para adquirir la fama y el dinero que tanto anhelaba, pues esto hacia parte del ideal que tenía acerca de la felicidad.

Así pues, Agustín terminó dejando a un lado su búsqueda por la verdad en ese momento, pues la vida que llevaba le otorgaba otras prioridades. Él prefería obrar moralmente mal, pues con

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

sus malévolas acciones encontraba satisfacción en lo terrenal. Encontraba felicidad al haberse convertido en el orador poderoso que siempre había querido ser, pero esto solo le abrió más puertas a las concupiscencias carnales que lo conducían a los vicios y a la perdición. El sexo también hacía parte de su ideal de felicidad, pues en él encontraba el deleite del cuerpo. Lo cual hacía que San Agustín disfrutara aún más en los placeres efímeros que brinda lo terrenal. En este punto llegaba a perder la noción de lo que era bueno y lo que era malo, pues su entendimiento estaba tan cegado, que no podía darse cuenta de que su alma solo se estaba corrompiendo y perdiendo. En palabras de San Agustín:

(...) emanaban neblinas de la cenagosa *concupiscencia de la carne* y del desenfreno de la pubertad. Y ofuscaban y empañaban mi corazón, de modo que no se podía distinguir entre el cielo azul del afecto y el nubarrón de la pasión. Uno y otra bullían en confusión y arrastraban mi débil edad por los acantilados del deseo, y la sumergían en el torbellino de las desvergüenzas. (San Agustín, 2010, p.160)

1.5. Felicidad vana y felicidad verdadera

En relación a la felicidad, Agustín establece que existen dos tipos de felicidad: la que nos ofrece el mundo y la que nos ofrece Dios. La primera es vana y efímera, pues las pasiones, los placeres de la carne y todo aquello que nos ofrecen los sentidos solo nos conduce a la perdición. En cambio, la segunda es el gozo absoluto de nuestra alma, pues en Dios se encuentra la verdadera felicidad, ya que de él devienen las cosas buenas y perfectas que el hombre anhela alcanzar. El único camino que lleva a nuestra alma hacia el bien, es el que conduce a Dios. Con respecto a ello, Agustín afirma:

Justo en eso consiste la vida feliz: en gozar junto a ti, de ti, gracias a ti. Ésta es precisamente y no otra. Quienes, en cambio, piensan que es otra persiguen otro gozo y no el verdadero.

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

No obstante, su voluntad no es apartada de cierta imagen de gozo. No es por tanto cierto que todos desean ser felices, porque quienes no quieren gozar de ti – lo que constituye la única vida feliz – en modo alguno quieren la vida feliz. (Agustín, 2010, p. 502).

Es así como San Agustín se da cuenta que de su juventud pecaminosa no obtuvo nada más que desdichas y sufrimientos, pues su erróneo concepto de felicidad lo llevó a actuar con desmesura y maldad, ya que creía que en los perversos placeres que ofrece el mundo se encontraba la felicidad. Sin embargo, su concepción cambió cuando tuvo un acercamiento con Dios, pues en ese momento comprendió que la felicidad no estaba en lo terrenal, sino en lo espiritual. Por ello, comenzó a obrar con santidad, pues entendió que solo de esta manera nuestra alma sería digna de trascender a Dios, en el cual se encuentra la única fuente de felicidad verdadera que puede colmar de gozo a nuestra alma de manera absoluta y permanente.

De modo que esta trascendencia solo es posible si renunciamos por completo a los placeres del mundo, así como al pecado, en tanto que estos constantemente nos conducen a una felicidad terrena que depende de las cosas materiales que en algún momento pueden cambiar o perecer. Esta contingencia, nos termina privando de la felicidad verdadera e inmutable que nos puede proporcionar Dios. Teniendo en cuenta lo anterior, la búsqueda de la felicidad es determinada por la voluntad de nuestra alma, ya que si obramos con una voluntad malévola buscaremos la satisfacción y la felicidad en los placeres terrenales, pero si obramos con una voluntad benévola la buscaremos en Dios. Allí se encuentra la responsabilidad que tiene el alma por direccionarnos bien, ya que es necesario que con su parte racional domine a la concupiscible con el fin de, alcanzar una vida virtuosa que lo conduzca a la felicidad.

1.6. La voluntad desde el dialogo Fedro

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

Ahora bien, para analizar un poco más la influencia que cumple la voluntad del alma, tomaremos la alegoría del carro alado que expone Platón en su diálogo Fedro, pues esto nos permitirá profundizar en la naturaleza del alma. Platón usa esta imagen para mostrarnos la lucha interna que tiene constantemente el alma consigo misma, pues una parte de ella quiere satisfacer los deseos terrenales y la otra quiere elevarse hacia lo divino. De esta manera, en el interior del alma se da una lucha entre el bien y el mal. Por ello, nuestro acercamiento a lo divino depende de la dirección racional que brinda el alma, ya que sin ésta nos veremos inmersos en pasiones vanas que la llevarán a la perdición. En función a ello, Platón afirma:

Por lo que a nosotros se refiere, hay, en primer lugar, un conductor que guía un tronco de caballos y, después, estos caballos, de los cuales uno es bueno y hermoso, y está hecho de esos mismos elementos, y el otro, de todo lo contrario, como también su origen. Necesariamente, púes, nos resulta difícil y duro su manejo. (Platón, *Fedro*, 246b)

En esta alegoría Platón nos habla de un auriga que tira de dos caballos. Uno de ellos es de color blanco y de naturaleza divina, por lo cual, tiende a elevarse hacia las alturas. En cambio, el otro es de color negro y tiende a descender hacia lo terrenal. Debido a esta circunstancia, es fundamental que el auriga haga una buena conducción de este carro halado, pues si logra el dominio de estos dos caballos podrá direccionar su camino hacia el bien y hacia lo divino. Frente a ello, Platón señala:

Pues bien, de ellos, el que ocupa el lugar preferente es de erguida planta y de finos remos, de altiva cerviz aguileño hocico, blanco de color, de negros ojos, amante de la gloria con moderación y pundonor, seguidor de la opinión verdadera y, sin fusta, dócil a la voz ya la palabra. En cambio, el otro es contrahecho, grande, de toscas articulaciones, de grueso y corto cuello, de achatada testuz, color negro, ojos grises, sangre ardiente, compañero de

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

excesos y petulancias, de peludas orejas, sordo, apenas obediente al látigo y los acicates.
(Platón, *Fedro*, 253e)

1.6.1. Tripartición del alma

En esta alegoría podemos evidenciar la división tripartita del alma. El caballo blanco simboliza la parte irascible del alma. En esa parte se encuentran las pasiones buenas y la emotividad del alma. Sin embargo, es fundamental que esta parte reciba dirección por parte de la razón o se correría el riesgo de que ella termine presa de vanas pasiones.

Dividimos cada alma en tres partes, y dos de ellas tenían forma de caballo y una tercera forma de auriga, sigamos utilizando también ahora este símil. Decíamos, pues, que, de los caballos, uno es bueno y la rebeldía del malo no lo dijimos entonces, pero habrá que decirlo ahora. (Platón, *Fedro*, 253d)

El caballo negro simboliza la parte concupiscible del alma, pues se encuentra influenciada por los deseos. En ella se albergan las pasiones perversas que nos tiran hacia abajo, haciéndonos perder el control, pues esta es la parte rebelde de nuestra alma que quiere llevarnos a complacernos en la perversión, en lo impío y corruptible. Por ello, constantemente busca someter el cuerpo a los sentidos, pues su satisfacción se encuentra en el deleite que le pueden ofrecer los placeres carnales, “Porque el caballo entreverado de maldad gravita y tira hacia la tierra, forzando al auriga que no lo haya domesticado con esmero. Allí se encuentra el alma con su dura y fatigosa prueba” (Platón, *Fedro*, 247b)

Por último, el auriga simboliza la parte racional del alma. En esta parte se encuentran la inteligencia y el entendimiento que nos permiten direccionar nuestro camino hacia el bien y se encuentra nuestra memoria, con la cual podemos recordar que pertenecemos a una naturaleza

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

espiritual e inteligible a la cual debemos retornar. Por ello, esta es la única parte del alma que cuenta con la autoridad para controlar y direccionar a la parte irascible y concupiscible, y gracias a ella podemos recordar y entender el devenir y el porvenir de nuestra alma, ya que es aquí donde se almacena el conocimiento de lo inteligible. En torno a ello, Platón dice:

Cualquier alma que, en el séquito de lo divino, haya vislumbrado algo de lo verdadero, estará indemne hasta el próximo giro y, siempre que haga lo mismo, estará libre de daño. Pero cuando, por no haber podido seguirlo, no lo ha visto, y por cualquier azaroso suceso se va gravitando llena de olvido y dejadez, debido a este lastre, pierde las alas y cae a tierra. (Platón, *Fedro*, 248c)

De modo que, el destino del alma depende exclusivamente de la conducción del auriga, pues si éste gobierna y direcciona a los dos caballos con carácter e inteligencia podrá ascender hacia las alturas. De lo contrario, acabará descendiendo hacia lo terrenal, pues la fuerza del caballo negro será mayor, lo cual traerá como consecuencia que nuestra voluntad perversa tome el control y por ello terminemos envueltos en los placeres del mundo que nos llevan a la perdición.

1.7. Visión Agustiniana del Fedro

Ahora bien, la alegoría que nos plantea Platón la podemos ver reflejada en el concepto de voluntad, ya expuesto acá, que nos brinda Agustín. Como vimos en el interior de nuestra alma, se libra una lucha entre el bien y el mal, con motivo de hallar la felicidad. Por un lado, está nuestra voluntad benévola y por otro lado esta nuestra voluntad malévol. La primera anhela trascender hacia Dios, mientras que la segunda busca satisfacerse en los placeres terrenales. Depende de nosotros direccionar nuestra vida bajo la iluminación divina, pues solo de esta manera encontraremos el bien y no la perdición del alma. Si dirigimos nuestra voluntad con la iluminación,

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

podremos trascender hacia Dios, el único que nos puede proporcionar el gozo y la felicidad absoluta que anhelamos hallar. Por ello, el camino que nos conduce a él lleva a nuestra alma hacia el bien. En cambio, si nos dejamos llevar por nuestros instintos, por nuestra perversa voluntad, tendremos que esperar un nefasto destino, en el cual solo encontraremos sufrimiento y destrucción para nuestra alma. De ahí que Platón comente: “Aquel que haya llevado una vida justa es participe de un mejor destino, y el que haya vivido injustamente, de uno peor” (Platón, *Fedro*, 248e)

De manera que, los dos tipos de felicidad están intrínsecamente relacionadas con nuestra voluntad. Por ello, es fundamental que el hombre pueda discernir de qué manera debe actuar para llegar a la verdadera felicidad, o de lo contrario terminará inmerso en una de carácter falso. Al respecto, San Agustín dice:

Y es que hay un gozo que no se concede a los impíos, sino a los que te adoran sin esperar nada a cambio, porque Tú mismo eres su gozo. Y justo en eso consiste la vida feliz: en gozar junto a ti, de ti, gracias a ti. Ésta es precisamente y no otra. Quienes, en cambio, piensan que es otra persiguen otro gozo y no el verdadero. No obstante, su voluntad no es apartada de cierta imagen de gozo. (San Agustín, 2010, p.502)

1.8. Dios: gozo absoluto de nuestra alma

Esto nos permite establecer una tensión entre Dios y el mundo, pues Dios es espiritual, perfecto, eterno e inmutable, en cambio, el mundo es todo lo contrario: corruptible, material, físico, mudable y aparente. De esta manera, la espiritualidad de nuestra alma resulta ser contraria a nuestra corporeidad, pues la primera es eterna y la segunda es temporal. Por ello, la felicidad no se encuentra en lo terrenal, por el contrario, ella no pertenece a este mundo imperfecto y corruptible, sino que pertenece a lo perfecto y eterno. Por ello, el alma que anhela encontrar la felicidad debe

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

trascender hacia Dios, pues en él se encuentra la fuente de la felicidad verdadera y eterna que puede saciar a nuestra alma por completo.

En consecuencia, el hombre que alcanza la verdad alcanza, a su vez, la felicidad. Ahí reposa la importancia de que el hombre renuncie por completo a las concupiscencias, al pecado, a los vicios, y a los placeres terrenales, pues si no lo hace no podrá llegar a tener un encuentro directo con Dios, debido a que su alma carecerá de la santidad necesaria para ser digna de acercarse a él.

En concordancia con lo anterior, la verdadera felicidad se encuentra en nuestro interior, y el único que la puede prever es Dios. Por lo tanto, solo podemos alcanzarla si tenemos una comunión directa con este ser divino, que como ya se dijo, de él proviene el bien supremo. De ahí la importancia de obedecerle y de llevar una vida santa, pues esto nos permitirá ser dignos de hallar la felicidad absoluta y verdadera que él provee. En cambio, si buscamos la felicidad en lo terrenal, solo obtendremos desdichas, tristezas y sufrimientos, en tanto que estas solo nos brindan una sensación vana que satisface tanto al alma como al cuerpo de forma pasajera. Por ello, es importante que nuestra parte racional dirija nuestro camino, para así obrar en dirección a la verdad y al bien que nos conducen al verdadero gozo.

3. El concepto de Dios en San Agustín

Dios es el único que nos puede revelar la verdad y nos puede proporcionar la felicidad absoluta, dado que de él devienen todas las cosas perfectas. Por ello, el hombre que trasciende a Dios encuentra lo que su alma anhela, pues en cuanto San Agustín trasciende a Dios encuentra iluminación y revelación divina, encuentra la verdad y el gozo que tanto buscaba. Por ello, establece que Dios es el único que puede suplir las necesidades de nuestra alma “This names one

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

of his deepest convictions: God alone can satisfy the ever-thirsting human heart.” Pag 3.
(Harmless, 2010, p. 3)

1.9. Interior y exterior del hombre

Como ya lo mencionamos en el primer capítulo, si queremos trascender a Dios se hace necesario que caminemos en santidad, dado que solo de esa manera seremos dignos de tener un encuentro cercano con este ser superior. Vanamente lo buscaríamos en lo externo, porque como ya se dijo, él se encuentra en lo más profundo de nuestro interior. Por ello, debemos buscar la iluminación y la gracia divina, pues solo con la ayuda de Dios podemos purificar nuestra alma. “This world is good, but it is not the infinite good for which we were made, and so it cannot give us happiness. God made it so that we, and others, can use the things in it to journey to him. By means of "the things that have been made," we should strive for union with God's "invisible nature, namely, his eternal power and deity" (Rom. 1:20).” (Levering, 2013, p.3)

1.9.1. *Trascendencia del alma hacia Dios*

Trascender a Dios no es una tarea fácil, pues no bastan nuestras fuerzas para lograrlo. Es necesario que Dios nos brinde de su ayuda, y nos lleve a anhelar el bien y a aborrecer el mal, permitiéndonos así, superar los sacrificios y obstáculos que se presentan a lo largo de este ascenso. Dios nos lleva más allá de la razón, y de nuestros propios instintos, pues nos permite trascender a un plano superior que va más allá de lo corpóreo y lo sensible. Por ello, solo a través de Dios podemos alcanzar el gozo que tanto anhelamos. De modo que “Hay dos paradigmas inscritos en la realidad, el de la divinidad, que representa la felicidad suprema, y el que carece de lo divino, al cual le corresponde el infortunio más grande.” (Platón, *Teeteto*, 176e)

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

Dios nos lleva directo a la verdad y a la felicidad, en cambio el mundo nos lleva directo a la perdición total. Dios nos ayuda a trascender, nos brinda de su gracia para que nuestra alma poco a poco se pueda purificar y se pueda mantener al margen de las concupiscencias que nos ofrece el mundo. Así que, para obtener el gozo absoluto que este ser divino nos ofrece es necesario pasar por muchos sacrificios que no queremos enfrentar, pues como lo mencionamos en el segundo capítulo, el alma y el cuerpo se suelen deleitar en lo terrenal. Por ello, es necesario que acudamos a Dios, pues él es el único que puede direccionar nuestra alma hacia el bien.

1.9.2. El cuerpo como instrumento benévolo

Solo con la ayuda de Dios, nuestro cuerpo puede convertirse en un instrumento benévolo, con el que podemos llegar a redimir y santificar nuestra alma. Al respecto es importante repasar en lo que dice Mesina: “Nuestra atención se detiene en las cosas externas, las afecciones propias de la naturaleza corrompida, no nos dejarán en libertad para contemplar a Dios. Por ello, Creemos interesante esta idea de usar al cuerpo como un instrumento que ayude al alma en el camino del plan salvífico de Dios. El cuerpo comienza a tener un rol importante en la redención del hombre, pues a través de lo que percibe puede ir encontrando algunos signos que lo lleven en su búsqueda interior. El alma toma los medios como fines, y trabaja forzosamente por estos fines, sin encontrar en ellos la felicidad. Estos fines son los estímulos de los sentidos corpóreos, que nos comunican la realidad externa.” (Mesina, 2012, p.31)

Como lo mencionamos en el primer capítulo, los sentidos nos permiten tener conocimiento del exterior. Por ello, debemos utilizarlos cuidadosamente, ya que la idea es que nos sirvan como instrumento benévolo para acercarnos a Dios. Por ende, es necesario que comencemos a adquirir santidad desde lo externo hacia lo interno.

1.10. La voluntad y Dios

San Agustín recalca que debemos buscar a Dios con una voluntad sincera, pues solo si estamos dispuestos a recibirlo podemos superar cualquier prueba que nos imponga el mundo. Por ello, debemos tener la disposición de obrar conforme a la voluntad de Dios, dado que solo dicha disposición nos permitirá tener una relación directa con él. De esta manera, es muy importante para nosotros obrar con una voluntad benévola en la medida en que solo así podremos obtener lo que nuestra alma anhela. Aunque como ya lo mencionamos, trascender a Dios no es un camino fácil, pues esto implica sacrificio, implica dejar atrás los placeres que ofrece el mundo. Conforme a ello San Agustín dice “¿Cómo te busco pues, Señor? Y es que cuando te busco a ti, Dios mío, busco la vida feliz. Te buscaré para que viva mi alma, pues mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti. (Agustín, 2010, p.498)

En esta suplica podemos ver que San Agustín anhela tener un encuentro con Dios, además de reconocer que él es el único que nos puede proporcionar la felicidad que tanto anhelamos. Solo él puede llenar por completo a nuestra alma, y puede colmar de gozo todo nuestro ser, en tanto que él se identifica con el mayor bien. Así que, solo si buscamos a Dios estaremos direccionando nuestra alma correctamente, en tanto que solo él, nos puede brindar iluminación para que obremos virtuosamente. Por lo tanto, si hacemos el bien podremos acercarnos cada vez más hacia la perfección y hacia la santidad que requerimos para tener una relación directa con Dios.

Es por ello que, debemos alejarnos de los placeres mundanos, pues éstos solo corrompen nuestra alma, y nos llevan directo al abismo que nos quita la paz. Debemos evitar caer inmersos en el mundo, pues éste nos puede seducir hasta el punto de hacernos creer que el pecado nos hace bien, lo cual no es cierto, pues todo lo que nos puede ofrecer el mundo es vano y pasajero. El mundo nos lleva en contra de Dios, pues nos incita a sentir placer por los actos prohibidos y

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

malvados. Por lo tanto, el hombre que no hace el bien no es digno de alcanzar una relación directa con Dios, pues sus acciones están atadas a la corrupción y a la maldad de esta vida terrenal. Por ello, no será merecedor de la verdad y la felicidad hasta que no lo busque con todo su corazón y obre con santidad. Desde su experiencia personal San Agustín dice: “Oí otra voz tuya: «en pos de tus concupiscencias no vayas, y de tu placer, refrénate». (Agustin,2010, p.514)

1.10.1. Dios: el mayor bien de nuestra alma.

San Agustín se da cuenta de que el alma solo puede ser saciada por Dios, en tanto que él es el mayor bien. Por ello, en el momento que reflexiona acerca de esto dice: “Y nosotros fuimos incitados en otro tiempo a actuar bien, después de que nuestro corazón lo concibiese de tu Espíritu. En cambio, en una etapa anterior éramos incitados a obrar mal abandonándote. Pero Tú, Dios único y bueno, nunca has dejado de hacer el bien.” (Agustín, 2010, p.685)

Con esto San Agustín nos deja claro, que nuestra voluntad juega un papel muy importante en la trascendencia hacia Dios, en tanto que ésta puede acercarnos o alejarnos de él. Por ello, San Agustín, hace una distinción entre los hombres. Los que viven en santidad y buscan de Dios, y los que están inmersos en el pecado y se encuentran alejados de éste: “No existen más que dos clases de sociedades humanas que podemos llamar justamente, según nuestras Escrituras, las dos ciudades. Una, la de los hombres que quieren vivir según la carne, y otra, la de los que pretenden seguir al espíritu, logrando vivir cada una en su paz propia cuando han conseguido lo que pretenden.” (Agustín, 2018, p.357)

1.10.2. Hombres de la ciudad celestial y de la ciudad terrenal

Los hombres con una voluntad benévola pertenecen a la ciudad celestial, mientras que los actúan con una voluntad corrupta pertenecen a la ciudad terrenal. Los primeros obran con santidad,

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

buscan el bien del alma, y buscan acercarse cada vez más a Dios obrando con una voluntad buena. En cambio, los últimos buscan placer y satisfacción en el mundo, piensan en sí mismos y dejan a un lado a Dios. “Por tanto, la voluntad, la precaución, el gozo son comunes a los buenos y a los malos; o, para decir lo mismo con otras palabras, les son comunes el deseo, el temor y la alegría; pero unos las practican bien y otros mal, según sea recta o perversa la voluntad de los hombres.” (Agustín, 2018, p. 362)

Es por ello que, solo los hombres de la ciudad celestial merecen trascender a Dios, pues ellos han sacrificado muchas cosas que ofrece el mundo con tal de alcanzar el gozo supremo. Así como también han dejado a un lado los placeres de la carne con tal de hallar el bien del alma. De esta manera se distinguen de los hombres que viven atados a lo terrenal, ya que éstos buscan su satisfacción en el mundo, lo cual solo da cabida a que obtengan aflicciones, errores y desgracias, pues sus obras carecen de la iluminación y la dirección divina. Al respecto afirma Arendt que “San Agustín fue capaz de encontrarse a sí mismo sólo cuando Dios le prestó ayuda en la empresa. El autodescubrimiento y el descubrimiento de Dios coinciden, pues al retirarme a mi interior he dejado de pertenecer al mundo. Tal es la razón de que Dios venga entonces en mi ayuda.” (Arendt, 2001, p. 44)

San Agustín decide pertenecer a los hombres de la ciudad celestial, ya que entiende que Dios es el único que puede satisfacer y colmar de gozo su alma. Dios es su máximo deleite y disfrute, pues la felicidad consiste precisamente en el gozo de Dios, el cual es a su vez el disfrute de la verdad. De ahí que, Agustín diga: “He aquí que tu voz es mi gozo; Tu voz, por encima de un caudal de placeres. Dame lo que amo, pues lo amo. Y esto me los has dado Tú, no abandones tus dones ni desprecies tu hierba sedienta. Te confesaré todo cuanto descubra en tus libros. Y *escucharé la voz de la alabanza*. Y te beberé. Y *contemplaré las maravillas de tu ley*, desde el

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

principio, en el que hiciste el cielo y la tierra, hasta el reino coeterno a ti de tu santa ciudad.”

(Agustín, 2010, p.546)

1.11. El disfrute de Dios

Siendo las cosas así, los placeres que nos brinda el mundo no son tan buenos como el deleite y el gozo que nos brinda Dios, pues mientras los primeros nos brindan una satisfacción efímera y pasajera, Dios nos brinda el gozo eterno. Claro está que para ser merecedores de éste último debemos permanecer en comunión con él, ya que de no ser así no seremos dignos y merecedores de poseerlo. Conforme a ello, Agustín dice “Persevera, espíritu mío, y presta denodada atención: *Dios es nuestra ayuda. Es Él quien nos ha hecho, y no nosotros.* Presta atención al lugar desde donde clarea la verdad.” (Agustín, 2010, p. 575)

1.11.1. Dios y el hombre

Agustín nos invita a buscar de Dios porque él es el mayor bien que existe, en tanto que, es el ser más supremo y perfecto del universo. Por ello, necesariamente encontraremos el deleite en su presencia, al ser nuestro creador, además de satisfacer nuestra alma siempre que lo necesitemos, pues estamos intrínsecamente relacionados con él. Su voluntad eterna siempre anhela nuestro bien; por ello, es necesario que busquemos todo que anhelamos en él en el sentido de que siempre nos saciará y nos concederá todo lo que tanto anhelamos. Al respecto, San Agustín dice: “Tenemos tu promesa: ¿quién la desvirtuará? Si *Dios está a favor nuestro: ¿quién en contra nuestra? Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y os se abrirá.* De hecho, todo el que pide recibe, y el que busca encontrará, y al que llama se le abrirá. Son promesas tuyas. ¿Y quién teme verse engañado cuando es la Verdad quien promete?” (Agustín,2010, p. 587)

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

Dios es el único que puede brindarnos todo lo que anhelamos, y ello porque es todo poderoso, es la fuente que puede llenar por completo a nuestro ser. En cuanto Agustín trasciende a Dios goza de su presencia y, encuentra el mayor bien y la verdadera felicidad. Por ello, mientras tengamos una relación con Dios, disfrutaremos del gozo eterno. San Agustín confiesa: “Y me has dicho, Señor, con voz potente a mi oído interior que Tú eres eterno, el *único en tener inmortalidad*, porque no cambias en absoluto de apariencia ni de movimiento, ni varía tu voluntad con los tiempos, porque no es inmortal la voluntad que va variando.” (Agustín, 2010, p. 595)

1.11.2. El gozo de Dios

Según San Agustín, la voluntad de Dios es eterna y perfecta, y él nunca cambia, siempre es lo que es, por ello de él emana el bien y la verdad, pues ésta es, precisamente la esencia de este ser supremo. De este modo, la verdad y el bien siempre serán perfectos, inmutables y eternos. El que halla a Dios encuentra a su vez el gozo eterno, en tanto que él representa la mayor satisfacción de nuestra alma. Cabe aclarar que este gozo es en esencia el amor y la pasión que sentimos al encontrarnos con este ser superior. Por ello la trascendencia hacia Dios termina convirtiéndose en un disfrute y en un deleite para nuestra alma.

1.11.3. Dios como objeto de amor

“Dios como objeto de amor (como deseo) no es sino la manifestación de este «bien». Anticipando la eternidad (el futuro absoluto), el hombre desea su propio yo futuro y niega el yo con que se ha encontrado en la realidad terrena. En el odio así mismo y en la autonegación, odia y niega su yo presente, su yo mortal, que al cabo es una creación de Dios. El criterio del bien y el mal dentro del amor no es la negación de sí en bien de los otros o en bien de Dios, sino en bien de

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

la eternidad que está ante nosotros. De lo que sigue que el hombre no debería amar en esta vida, so peligro de perder la vida eterna.” (Arendt, 2001, p. 50)

Nosotros anhelamos y deseamos alcanzar a Dios, por ello la felicidad consiste en poseer a Dios, ya que él es el mayor anhelo de nuestra alma. Sin embargo, el amor es el único que nos puede ayudar a tener una relación con Dios, en tanto que aquel nos permite gozar de la trascendencia hacia este ser supremo. Así, nos brinda el deleite al negarnos a nosotros mismos con tal de hallarlo y nos ayuda a abandonar este mundo mudable y perecedero para que nos acerquemos cada vez más hacia él, pues el amor está ligado directamente al apetito por este ser superior.

1.11.4. La iluminación y la gracia divina en la trascendencia hacia Dios

San Agustín va más allá de la contemplación platónica, en tanto que para este autor la iluminación divina se convierte en un requisito indispensable para llegar a la verdad y a la ayuda de Dios, pues solo de esa manera podemos trascender y gozar a la vez. El hombre que halla a Dios encuentra la verdad y la felicidad misma. San Agustín se deleita y goza en Dios, pues es tan bueno y tan perfecto que solo él puede saciar la sed de su alma. Si mantenemos una comunión directa con Dios seremos capaces de evitar el pecado y los males que nos ofrece el mundo, pues su gracia nos concede la voluntad y la libertad para no pecar. De esta manera, Dios nos lleva a obrar bien y a vivir santamente. Dios nos ama porque nos incita a buscar el bien y la paz de nuestra alma para que seamos libres y felices. Por ello, aquí podemos evidenciar un amor recíproco, donde debemos anhelar a Dios para obtener nuestro propio bien, la verdad y la felicidad que tanto queremos poseer, y así llegar a Dios para que éste nos conceda todo lo que nuestra alma anhela. Así que en últimas el amor por Dios, nos conduce hacia la paz y hacia el deleite de nuestra alma.

1.12. Dios y nuestro destino

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

En consecuencia, el hombre que aspira encontrar la verdad y la felicidad necesariamente debe reflexionar sobre la manera en la que vive, ya que si está utilizando su cuerpo en derroches terrenales estará alejándose del bien y por ende de Dios. De manera que para salir de las tinieblas y de este alejamiento de Dios, es necesario que nos abstengamos de caer seducidos en el mundo, pues como lo mencionamos en el primer capítulo, éste nos lleva a pensar que en él se puede hallar satisfacción de nuestra alma y nuestro cuerpo, lo cual es falso, pues si caemos inmersos en el mundo encontraremos los males más nefastos. Por ello, debemos conducir nuestra vida con la gracia y la iluminación divina, y así poder encaminar a nuestra alma hacia el bien, y hacia la búsqueda de Dios. Por lo tanto, el disfrute de nuestra alma solo se encuentra en Dios.

1.12.1. Relación de Dios y del hombre

Por último, cabe mencionar que nuestra alma posee la misma naturaleza que nuestro creador, en tanto que nuestra alma y nuestro creador son eternos. Pero eso no es todo, pues el hombre posee otras tantas características que nos conectan directamente con él. Por ello, es necesario que el hombre direcciona su vida, teniendo en cuenta quien es Dios, pues esto le permitirá tender a ser como él. Claramente, el hombre jamás podrá ser igual de perfecto que Dios, pero en la medida que persiga la perfección de su alma, alcanzará el bien y a su vez el agrado de Dios, lo cual nos lleva a ser merecedores de la gracia y la iluminación divina que nos permiten llevar una vida sabia y virtuosa. Una vez alcancemos este estado podremos alejarnos del mal. Finalmente, cabe señalar que en Dios encontramos tanto placer y tanto éxtasis que no quisiéramos abandonar esta comunión con él, pues nada nos puede satisfacer y brindar gozo absoluto como el que nos brinda de Dios. De ahí que encontremos una relación entre la verdad, la felicidad y Dios, pues al encontrar a Dios encontramos aquellas dos, las cuales hacen parte de su esencia perfecta.

4. Conclusiones

Dios tiene una relación directa con la verdad y la felicidad que tanto anhelamos, porque en él se encuentran éstas, en tanto que de él devienen todo lo perfecto. Sin embargo, para hallar la verdad necesitamos de su ayuda, en tanto que él es el único que nos la puede revelar a través de su gracia e iluminación divina. Dios es en esencia la verdad, por ello el gozo y la vida feliz consisten en el disfrute de Dios, de la verdad misma. Por ende, se hace necesario que nos despojemos de las cosas terrenales y abandonemos por completo al pecado, ya que solo de esta manera podremos ser dignos de trascender a Dios desde lo más profundo de nuestro interior. San Agustín decide apartarse del pecado y de las cosas externas, y entiende que para obtener la verdad necesita de la revelación divina. Por ello, descubre que solo Dios nos puede brindar el gozo que nuestra alma anhela.

San Agustín recalca que la verdad y la vida feliz no se encuentran en lo terrenal, pues todo lo que nos ofrece el mundo es vano y pasajero. El hombre, para San Agustín solo será feliz en cuanto Dios le revele la verdad. De esta manera, el hombre que tenga deseo y pasión por la verdad, deberá esforzarse por hacer de su cuerpo un instrumento útil para el alma, pues la santidad se obtiene de lo externo hacia lo interno. Asimismo, la voluntad de nuestra alma debe estar encaminada hacia el bien, ya que solo de esta manera podremos llegar al máximo bien que es Dios. De lo contrario, con una voluntad perversa, solo nos terminaríamos alejados de él.

Nuestras acciones definen nuestro destino y las consecuencias que debe asumir el alma, pues nuestros actos buenos nos llevan hacia lo perfecto y supremo, dando como resultado que el hombre halle la máxima felicidad. En cambio, nuestras acciones malas, nos llevan hacia el pecado y las tinieblas que nos impiden ver el verdadero bien. Por ello, es necesario que el hombre

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

reflexione sobre la vida que lleva, para que pueda quitarse el velo que le ha impuesto el mundo y pueda así emprender una búsqueda exhaustiva de la verdad, impulsada por el amor y la pasión.

Para trascender a Dios es necesario que no nos fiemos de los sentidos y de todo lo que se encuentra en lo terreno, ya que esto nos impide ver cuál es la ruta hacia la verdad y hacia el verdadero gozo. Por ello, el verdadero camino está en nuestro interior, pues al adentrarnos en lo más profundo de nuestra alma podremos encontrar a nuestro creador.

En consecuencia, Dios es la verdad misma, por ello debemos ascender a Dios a través de la purificación de nuestra alma. En cuanto el hombre halla la verdad, halla la felicidad misma, pues el deleite y el éxtasis de nuestra alma lo conseguimos con el disfrute de Dios. Por ello, para mantener este gozo eterno, es necesario que siempre nos mantengamos en comunión con Dios, pues en él momento que desviemos nuestra alma hacia el mundo, lo perderemos por completo.

Referencias

Arendt, H. (2001). *El concepto de amor en San Agustín*. (A. Serrano de Haro, Trad.) Barcelona: Ediciones Encuentro.

Calvo, T. (s.f.). *El espíritu y el alma*. San Agustín. Augustinus Hipponensis.

https://www.augustinus.it/spagnolo/attribuiti_02/index2.htm

Dolby, Carmen. (2001). La influencia del diálogo *Hortensio* de Cicerón en San Agustín. *Anuario Filosófico de la Universidad de Navarra*, 1(34), 555-564.

Harmless, W. (Ed.). (2010). *Augustine in His Own Words*. Washington, D. C.: Catholic University of America Press. Retrieved February 22, 2021.

Lazcano, R. (2010). El amor a la verdad según San Agustín de Hipona. *Revista Española de Filosofía Medieval*, 17 (2010), ISSN: 1133-0902, pp. 11-19.

Levering, M. (2013). *Theology of Augustine: An Introductory Guide to His Most Important Works*. Washington, D.C.: Baker Academic.

Merino, L. (2000). La memoria en confesiones (10, 8-26) de Agustín. *Anuario de Estudios Filológicos*, XXIII (1), 347-367.

Mesina Rubio, O. N. (2012). *El hombre exterior en San Agustín: aportes del pensamiento agustiniano para una filosofía del cuerpo*. Obtenido de Repositorio académico Universidad de Chile: <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/113130>

Pablo. (2008). Romanos 13:13-14c. En C. d. Reina, & C. d. Valera, *La Biblia*.

Platón. (1992). Fedón. En Platón, *Diálogos* (F. Lisi, Trad.). Barcelona: Editorial Gredos.

VERDAD, FELICIDAD Y DIOS EN SAN AGUSTÍN

Platón. (1992). Fedro. En Platón, *Diálogos* (F. Lisi, Trad.). Barcelona: Editorial Gredos.

Platón. (1988). República. En Platón, *Diálogos* (págs. 57-497). Barcelona: Editorial Gredos.

Platón. (1992). Teeteto. En Platón, *Diálogos* (F.Lisi, Trad, págs. 173-317). Barcelona: Editorial Gredos.

Real Academia Española. (s.f.). Maniqueísmo. En *Diccionario de la lengua española*.

Recuperado en 19 de Septiembre de 2021, de <https://dle.rae.es/manique%C3%ADsmo>

Saeteros, T. (2013). Por mi alma subiré a Dios. El concepto de alma de san Agustín de Hipona. *Revista Civilizar Ciencias Sociales y Humanas*, 13(25), 189-210.

San Agustín. (2010). *Confesiones*. Madrid: Editorial Gredos, S.A

San Agustín. (2018). *La Ciudad de Dios*. Madrid: Editorial Tecnos (Grupo Anaya, S.A.).

Segundo de Jesús, P. (1955). Las pasiones en la Concepción Agustiniana de la vida espiritual. *Revista de Espiritualidad*, 14(1), 251-280.